Históricas Digital

"Primera parte"

p. 9-88

Nicolás Pizarro

Obras II. El monedero

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3
ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

PRIMERA PARTE

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

1. EL DÍA DE SANTA ROSA

Durante la primavera algunas de las familias más acomodadas de México emigran a San Ángel, pueblo delicioso situado a la distancia de tres leguas al sur de la ciudad. Formado de pequeños jardines, y de elegantes casas entresoladas, que casi no se habitan más que en la *temporada*, ofrece entonces un indecible atractivo a los que, huyendo del ruido aturdidor de la gran capital, buscan la distracción de los graves negocios, entre el suave perfume de las flores, y la fascinación irresistible de las lindas hijas de México. Éste se traslada allí con todas las falsedades de la óptica social: ricos avarientos que quisieran ocultar sus riquezas, pobres vanidosos que desearan tenerlas para mostrarlas a todo el mundo, viejas que sólo viven de recuerdos, jóvenes que quisieran meter mucho ruido, personajes políticos en boga o caídos, los que suben y quieren ser desde luego considerados, los que bajan y no quieren darlo a conocer, y de toda preferencia, los que en las continuas revueltas y desgracias de México han sabido conservar una ventajosa posición concurren a establecer una especie de fraternidad aristocrática, que les hace olvidar los males públicos y privados, dando pleno dominio a la filosofía práctica de este siglo, que muchos encuentran compendiada en la sola palabra "positivismo": vivir es gozar, he aquí la contraseña universal; el dolor, que según algunos afirman, viene siguiendo siempre las huellas del placer, se detiene ante las puertas de San Ángel.

Era uno de los últimos días del mes de agosto de 1846: muchas familias se habían detenido en San Ángel después de la fiesta del Señor de Contreras, que es la señal de retirada para la mayor parte, por haberse convenido en que pasado el día de Santa Rosa se verificaría la despedida, y que para hacerla memorable, sería celebrado ese día de un modo extraordinario, en honor de varias jóvenes distinguidas que llevaban muy justamente el nombre de la reina de las flores.

El día de esperada felicidad había llegado: aún no despuntaba su aurora, y ya en todas las casas se advertía un movimiento general: las

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

criadas iban y venían trayendo para sus señoras diversos trajes y adornos propios de un paseo matutino, y algunos jóvenes bulliciosos, de esos a quienes como por derecho corresponde la iniciativa en los bailes y en las tertulias, pasaban de casa en casa llamando estrepitosamente a las puertas, ofreciéndose para conducir a las señoritas al lugar en que debía verificarse la reunión, y animando a las que estaban menos adelantadas en su *toilette*, advirtiéndoles la proximidad de la hora de la cita. Ésta se había dado para la casa del señor Dávila, en la que vivía la más hermosa de las Rosas que debían celebrarse en aquel día. Situada en el recodo que forma la plaza del pueblo, era el punto más a propósito para la reunión de los convidados que de varios rumbos iban llegando, y eran recibidos cordialmente por el dueño de ella y su hija en una magnífica sala baja, suficientemente iluminada, en medio de la cual había una mesa cubierta con refrescos. Pronto estuvo completa la caravana, y se puso en marcha, a tiempo que tocaban el alba en la iglesia parroquial.

Ningún ruido desagradable turbaba en aquellos momentos la tranquilidad de la atmósfera: el saltapared, a pesar de su canto monótono al celebrar la venida del sol, infundía cierto recogimiento religioso; el gorrión, a quien el amor había despertado más temprano, llamaba con dulces reclamos a la enamorada compañera, formando el concierto más animado, con las numerosas aves que se habían albergado entre los árboles, el cielo presentaba las espesas tinieblas de la noche por el occidente, mientras que por el lado opuesto, ráfagas violadas que sucesivamente iban tomando color de oro y de fuego, se extendían por el firmamento en persecución de las sombras; el grato perfume de las flores, el balido de alguna oveja, la voz de un pastor que sacaba su rebaño el estentóreo mugido de alguna vaca que se oía entre la selva, el ligero rumor de los árboles, y en algunos puntos descampados la vaga inmensidad del horizonte, todo este conjunto dejaba una impresión indefinible de esa grata melancolía que sólo se une a las más íntimas satisfacciones del corazón.

Caminaba a la cabeza de la comitiva una cuadrilla de músicos, después seguían las jóvenes coronadas de flores, y cerraban la marcha algunas matronas apoyándose en el brazo que les ofrecían los elegantes como más necesitadas de aquel auxilio. Era curioso ver allí entre la turba de barbilampiños algunos señores maduros que usurpaban los goces de la juventud, y procuraban descargarse de quince a veinte años, afectando con poca gracia un paso ligero y airoso. Los jóvenes saben

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

muy bien cuán terribles son estos rivales, que valen en proporción de su caudal, contra quienes el amor ha hecho promesa de no luchar, desde que se sabe la aventura de Danae, que enterrada en una torre no pudo guardar su virtud, porque Júpiter para vencerla, tuvo la ocurrencia de transformarse en una lluvia de oro.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

2. EL CABRÍO

El sol vestía de oro la cima de los montes vecinos cuando la comitiva llegó al pintoresco lugar que se conoce con el nombre de El Cabrío. Los gigantes de Anáhuac cuyas nieves eternas se pierden en el azul purísimo del cielo, asistían imponentes y silenciosos a aquella fiesta. Durante el curso de los siglos el Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl han visto sucederse generaciones, razas y naciones diversas en aquel mismo sitio, donde nuestras preciosas mexicanas iban a disfrutar los encantos de un cielo espléndido de una naturaleza exuberante. Algunas centurias de años atrás las hijas de Tenochtitlan[2] alguna vez habrán venido a la misma hora, por gozar el imponente espectáculo de la cascada que allí se forma, por aspirar los perfumes que exhalan los mismos arbustos y las mismas flores. Otros siglos atrás estos lugares que ahora son nuestra patria, fueron de los bárbaros chichimecas, y antes de éstos pertenecieron a los sabios toltecas; ¿fueron antes? ¿De quiénes vendrán a ser después de nosotros?

El Cabrío es la parte más elevada de la ribera de un arroyo que corre por el lado sur de San Ángel, cuyas aguas sirven para la gran fábrica de hilados de Contreras, para la de Atizapam y para dos molinos de papel. Frente de Atizapam, tiene la corriente una caída de ocho a diez varas, que en tiempo de lluvias presenta un magnífico aspecto; el cauce va teniendo mayor profundidad a medida que la ribera derecha se eleva, de manera que El Cabrío tiene enfrente una barranquilla. Cuanto se diga de la feracidad de la planicie que se extiende en declive desde este punto hacia el oriente, por la parte que llaman *la otra banda*, apenas podrá dar una idea imperfecta, porque sin arte y sin abonos, se ve poblada de árboles frutales, a cuyo pie crecen formando una tupida alfombra, el clavo, los rosales y una variedad admirable de

[2] Éste fue el nombre que dieron los aztecas a su capital, significa nopal sobre una piedra. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

flores silvestres. Antes de comenzar este declive hay una pequeña meseta frente a un grupo de casitas que son muy frecuentadas por las familias que van a pasar la temporada a San Ángel. Esta meseta tan ventajosamente colocada, da indicios de haber sido mejor atendida en otro tiempo, porque en su corta extensión tiene varias especies de árboles que cubren aquel lugar con su sombra y lo embellecen con sus flores y frutos. Al lado de varios nogales frondosos y de muchos duraznos se mira el zapote blanco, la morera, el capulín, el granado, el manzano y el tejocote. Constantemente atraviesa por aquella altura, una agua cristalina que pasa frente a las casitas allí construidas, bañando el pie de una encina muy corpulenta, destinada al parecer, a presidir eternamente aquel pintoresco lugar.

Era un delicioso espectáculo el que ofrecían las brillantes jóvenes que hemos visto salir de la casa del señor Dávila, radiantes de hermosura y de felicidad, preparando por sí mismas, en El Cabrío, un desayuno frugal y campestre. Las cabras que de ordinario allí se encuentran, azoradas con el estruendo de la música, se refugiaron en los sitios más escarpados de una especie de muralla de lava volcánica que corre tras de las casitas; pero prontamente fueron traídas por los jóvenes más atrevidos a los pies de las bellas, para que les pusiesen collares o algún otro adorno. Una flor rara que se encontraba entre las peñas, un nido de gorriones, una mariposa entumecida, una tórtola sorprendida en su nido, eran objetos que se examinaban prolijamente por la curiosidad femenil, y que se adjudicaban en seguida, según la inclinación del que había encontrado aquellos tesoros; no es necesario decir que todos los jóvenes anhelaban conquistarlos, sin que los detuviesen los mayores riesgos.

Cuando todo estuvo listo para el desayuno, los concurrentes se sentaron en unos petatillos de palma que había extendidos sobre el césped, formando los que podían acomodarse a la turca un semicírculo cuyo centro ocupaban las Rosas, bajo la corpulenta encina de que hemos hablado. Las Rosas eran tres, y por su elegancia y bella figura merecían bien aquella distinción; pero entre todas era fácil distinguir una, la hija del señor Dávila, a quien todo el mundo atendía particularmente, y cuyo retrato procuraremos bosquejar.

En aquella mañana iba vestida de amazona: un sombrerillo blanco de castor con pluma amarilla sujetaba su cabello castaño claro, naturalmente rizado, que formando vistosos anillos le llegaba hasta los hombros, lo que a primera vista la hacía aparecer como una niña de doce a

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

trece años, teniendo realmente dieciséis. Hacía un contraste inesperado con esta apariencia, la temprana seriedad que en ella se observaba, muy templada en verdad, por la expresión bondadosa de sus grandes ojos negros, chispeantes y eléctricos; su frente espaciosa, su nariz afilada, sus labios de un rojo subido, tanto más hermosos por la notable blancura de la cara, formaban un conjunto feliz, que al mismo tiempo revelaba inteligencia, sensibilidad y fuerza en el carácter. Su talle flexible y elevado adquiría esa gracia particular que tienen las jóvenes vestidas de hombre, tal vez por la exactitud con que se dibujan sus formas, pues llevaba un chaleco gro[3] de aguas, cerrado desde el cuello, perfectamente ajustado, sin abrochar el último botón, una corbata blanca de punto, una airosa chaquetilla polea de razo color de fuego, con carteras, como las visitas que después se han usado, y con las mangas hacia arriba para dejar ver el punto de los puños, un chal amarillo ceñido en la cintura, y unas enaguas de gro tornasol abronzado y verde que bajaban hasta la punta del pie calzado del mismo color. Sus manos iban cubiertas con guantes de cabritilla flor de romero, y en la derecha llevaba un latiguillo con mango de oro.

Rosita tenía una de esas voces claras, metálicas y de suave inflexión, que cuando se oyen hacen que busque uno involuntariamente a la persona que la emite, quedando para mucho tiempo grabados en la memoria su timbre y su modulación. De tan favorable disposición natural provenía que cantase con suma facilidad algunas grandes piezas; tocaba la cítara con innegable destreza y con una exquisita e inimitable expresión, gracias al empeño que sobre este particular había puesto su padre. Y he aquí en suma a lo que se reducían sus adelantos.

Su conversación era salada y divertida; su espíritu naturalmente recto, expansivo, capaz de la mayor cultura y elevación, se encontraba contrariado y como en tortura por efecto de su misma posición aristocrática, que le impedía hacer una exacta apreciación de las cosas, pues tenía que verlas mediante un falso prisma de grandeza y de vanidad. Finalmente, su exquisita sensibilidad parecía provenir más bien de humores pasajeros, que de lo íntimo de su corazón, por las muestras que repetidas veces daba de una voluntad antojadiza. Mas no nos apresuremos a juzgarla desfavorablemente. Asediada por jóvenes truhanes, vanos, pagados de su propia elegancia, que sólo le hablaban de óperas y de bailes, deslizándole pensamientos de amor entre la rela-

[3] Gro. Tela de seda sin brillo y de más cuerpo que el tafetán (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

ción de algún suceso escandaloso de la ciudad, o la murmuración de alguna persona conocida, y al mismo tiempo implacablemente perseguida por la envidia de rivales injustas, que alternativamente la acusaban de fría o de romántica, de altiva o de coqueta, acaso no tenía otro escudo que aquella misma volubilidad aparentemente caprichosa, la cual era también una señal segura de que no encontraba una alma ardiente y delicada que se identificase con la suya, o de que temía revelar alguna sincera y profunda simpatía guardada en lo más íntimo del corazón, como una de esa plantas que tan lozanas crecen en los invernáculos, y que se marchitan y mueren si se sacan al aire libre.

Se había presentado recientemente en la casa del señor Dávila un joven de carácter tímido al parecer, de fisonomía franca e inteligente, maneras suaves e insinuantes, a quien había precedido la reputación de ser excelente maquinista, la que contrastaba admirablemente con una visible modestia. Atraído por la brillante seducción, que como una atmósfera circundaba a Rosita, no tardó en ser uno de tantos satélites que daban vuelta en derredor del astro. Éste no le fue esquivo; y aunque generalmente se atribuía el favor que tan pronto gozaba el recién venido a un capricho prevenido de la novedad, porque ofrecía la circunstancia de conocer bien la música y ser un buen cantante, gracias a su excelente voz de tenor, la cual es rara en todas partes, no faltó quien observase que en esta vez una pasión profunda, ardorosamente sentida y muy delicadamente insinuada, había obtenido una ligera preferencia que la linda Rosita sabía acordar en otras ocasiones sin gran discernimiento. Por una fácil comparación entre los figurines elegantes que hacían delante de ella ostentación de un amor estudiado y el joven de que hemos hablado, era muy natural que prefiriese a éste, cuyo mérito era indisputable, cuyas insinuaciones eran tímidas y apasionadas, sobre aquellos que la pretendían a título de Adonis, vacíos enteramente de buen sentido, cuya repugnante afeminación desfigura y rebaja tanto el tipo de fortaleza que la mujer desea siempre encontrar en todo hombre. No es necesario decir que la preferencia acordada al joven amante estaba sujeta a muchos azares, porque la linda Rosa aún no había pensado seriamente, ni entonces era capaz de ello, en aquel amor que encontraba algún eco en su corazón. Le era grata la presencia de un hombre que no la adulaba, que no manifestaba pretensiones ridículas, y que no dejaba el trabajo en que casi constantemente estaba ocupado sino para ir a visitarla: ella se explicaba su simpatía, advirtiendo que con él se acompañaba perfectamente para

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

cantar, nadie tenía su voz tan alta y tan sonora, ninguno la seguía tan diestramente en los giros atrevidos que ella daba a sus piezas favoritas, y de buena gana le perdonaba su color un tanto trigueño, que su cabello no estuviese impregnado de esencias, y que sus vestidos no le viniesen de París.

Volvamos a la alegre reunión que hemos dejado en El Cabrío.

A tiempo que cada uno de los convidados apuraba un vaso de espumosa leche, con unos sabrosos tamalitos, cuyo olor suave y apetitoso se extendía a gran distancia, se notó que faltaba uno de los individuos de la comitiva, un joven comandante de batallón, cuyo humor constantemente alegre, lo constituía una presea, un miembro necesario de aquella reunión, por sus agudezas y bellas ocurrencias: él era quién había ideado aquel paseo, comunicando el programa que fue adoptado casi en su totalidad, el que más empeñosamente había ido a tocar a las ventanas de las conocidas, a dar su voto acerca del peinado, traje y adornos de las jóvenes. Sus numerosos amigos se levantaban ya para ir en su demanda, cuando apareció el alegre comandante, saliendo de entre el bosque, empapado de rocío, sin sombrero y con aire de triunfo.

—¡Bravo! ¡Bravo!, gritó la concurrencia viéndole llegar con un pequeño colibrí que llevaba cuidadosamente entre las manos, por el cual había perdido su sombrero.

El comandante haciendo una pirueta contestó:

—Ustedes dejan al mejor soldado sin su [premio], aludiendo a que no había desayunado.

—No, comandante, nadie lo ha dado a usted de baja, al contrario, íbamos en busca de usted, respondió uno de sus amigos.

Antes que el denodado comandante tomara asiento, presentó a Rosita Dávila la avecita preciosa, en cuya persecución había empleado todo su tiempo. Rosita al recibirla tuvo por un instante, como un fugitivo deseo, la idea de que fuese otro el que tal obsequio le hiciera; pero esta idea pasó rápidamente, pagó con una mirada encantadora aquella distinción, y el comandante se creyó en el apogeo de la dicha, pues no hubiera cambiado aquella mirada ni por la cruz de la primera época de la Independencia.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

3. DON DOMINGO DÍEZ DE DÁVILA

Dejamos a la consideración del lector los curiosos accidentes que debieron tener lugar a la vuelta de aquella alegre caravana, que se verificó en humildes asnos, antes de que la fuerza del sol pudiese molestar a los paseantes. Después de haber llegado sin novedad a la casa de donde habían partido, cada uno de los concurrentes pudo escoger según su gusto favorito, como objeto de diversión el jardín, la música, el baile o el juego.

Había sido don Domingo Dávila dependiente, desde muy joven, de una casa fuerte de comercio que después de la expulsión de españoles, verificada en 1829, se le había entregado a partido. Su dedicación al trabajo y su honradez notoria, lo habían hecho digno de esta confianza en aquellos angustiados momentos en que los dueños de la casa eran arrojados del país. Por costumbre, por agradecimiento, y más que todo, por ese espíritu de imitación que suele desarrollarse tanto en algunos mexicanos, don Domingo Dávila afectaba todas las maneras de los españoles con quienes había vivido. Silbaba la "s", pronunciaba rigurosamente la "ll" y la "c", hablaba todo el día mal de México, elogiaba las cosas de Madrid sin conocerlas, y para colmo de extravío, procuraba darse cierto aire aristocrático, y era partidario ciego del gobierno monárquico, seguramente por no haber sentido sus rigores. Cuando se disolvió la compañía en que había sido socio industrial, por haberse fijado definitivamente en Burdeos sus primitivos amos, tuvo un capital disponible que desde luego dedicó al comercio, y con su actividad, y el alto crédito que había adquirido, llegó muy prontamente a disfrutar de una fortuna independiente, merced a una muy estricta economía. Su caudal había aumentado con un enlace ventajoso.

Al principio don Domingo Dávila había llevado modestamente tal nombre, después se añadió el "Díez" por una historieta que le contaron de unos famosos Díez, que allá en España en tiempo de los moros, asombraron al mundo con una grande hazaña, que ahora se halla in-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

justamente olvidada, y por la cual los verdaderos descendientes de aquellos Díez entre quienes se hallaba el señor Dávila, no se sabe por qué capítulo tienen la molestia de agregar a su apellido esas cuatro letras en que nadie pone atención. A todas estas razones juntaba el señor Dávila otra de no menos peso para haberse compuesto así el nombre; se picaba de tener un oído finísimo, y hallaba una grata melodía en que sonase cuatro veces la "d" en la firma de sus libranzas y cinco en los sobres de las cartas que le dirigían. Su hija, que desgraciadamente no participaba de este gusto, insistía en llamarse a secas Rosa Dávila, en lo que realmente daba a su padre una pesadumbre.

En la época a que nos referimos, el señor Dávila era viudo como de cuarenta años de edad, robusto, alegre y violento de genio; concentraba todo su amor en la hija única que tenía, en la bella Rosita, poniendo siempre el mayor empeño en agradarla. Esta circunstancia unida a un incidente de que luego vamos a hablar, había hecho que los gastos de su casa creciesen mucho; siendo frecuentada principalmente por cierta clase de personajes que se daban el tono de grandes señores, que halagaban su vanidad y lo fortificaban en sus opiniones retrógradas, si así pueden llamarse los confusos sentimientos que abrigaba desde muy joven en materia política, encaminados todos por el deseo de que en México se estableciese un rey, y que fuese español.

El general Paredes,[4] que se hizo presidente de la República a fines de 1845, después de haber sublevado las tropas que iban a defender la frontera del norte contra los americanos, había protegido descaradamente a los pocos monarquistas que hasta entonces se habían manifestado en México de un modo vergonzante, y don Domingo, sin haberlo esperado jamás, miraba progresar sus ideas maravillosamente, aunque no le era desconocido que esto provenía, como después se ha publicado, de la distribución de unos millones de pesos que con tal objeto venían de La Habana. Su alegría natural había crecido, y los convites que daba eran cada día más suntuosos. Desconfiando al principio de que el régimen monárquico pudiera plantearse seriamente en México, había resuelto trasladarse a España, comprar allí con una corta suma algún pergamino de nobleza, seguro de que Rosita con su her-

[4] Mariano Paredes y Arrillaga (1797-1849), designado presidente interino de México en 1846, por una Junta de Notables nombrada por él mismo. Derrotado por los liberales en julio del mismo año, se exilió en Francia pero volvió dos años después y se negó a reconocer los Tratados de Guadalupe Hidalgo; salió nuevamente del país y volvió al año siguiente.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

mosura y su caudal encontraría fácilmente un enlace brillante. La elevación del general Paredes le hizo mudar por cierto tiempo de parecer, particularmente luego que fue nombrado en principio de 1846 miembro del Honorable Congreso, a cuyo cargo estaba allanarle el camino al príncipe extranjero, con que entonces se pensaba regalarnos. Pero esta farsa se destruyó a sí misma, principalmente porque en el seno de la asamblea hubo suficiente número de liberales que impidieron se consumase la traición, y después con el ridículo que hizo caer a Paredes el 4 de agosto del mismo año. El señor Dávila, convencido desde que había dejado de ser honorable, de que era imposible la salvación de México, comenzó a cortar sus negocios mercantiles para no tener embarazo en su separación de la República.

Una hora antes de la comida, Rosita se había retirado a su tocador, acompañada de una joven que vivía desde muy pequeña con ella, y a quien trataba con la mayor confianza. Clara, éste era el nombre de la joven, amaba a su señora, o más bien a su amiga, de un modo entrañable; gozaba si estaba contenta Rosita, sufría si ésta manifestaba alguna pena; en una palabra, su vida no era más que un reflejo de la vida de Rosita. Joven de veinte años perfectamente desarrollada, tenía el tipo y el atractivo de las hijas de Puebla, en cuya ciudad había nacido. Aseada, hacendosa, y vivaracha, era la verdadera ama de la casa del señor Dávila en todo lo relativo al orden económico. Sin el cariño fraternal que le tenía Rosita, el cual la ponía a cubierto de todas las hablillas, no hubieran dejado de tomar cuerpo las murmuraciones de algunos jóvenes, que al ver a Clara tan fresca y rozagante, creían que no era indiferente el señor Dávila al hechizo de unos ojos garzos y chispeantes, cuyo fuego, decían, era posible verlo en medio de la noche, y que sólo que fuese un santo podría quedarse pacífico junto a una *china* cuyos húmedos y purpurinos labios, cuyo pie carnoso y perfecto, cuyo salero y gracia en el andar eran de los más atractivos. Para completar el retrato de la *poblanita*, añadiremos que tenía un pelo negro, abundante, y tan largo, que le llegaba a la pantorrilla cuando estaba suelto, y que ordinariamente lo distribuía en dos hermosas trenzas que ataba por los extremos, suspendiéndolas del mismo peinado para que no la estorbasen durante sus faenas domésticas. En el día de que hablamos, sujetándose a la costumbre general, le llevaba recogido sobre la cabeza: su traje era de gro, con anchas listas amarillas sobre fondo de fuego; su calzado color de bronce. Clara mostraba siempre jovialidad en su fisonomía; pero si alguno observa-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

se que en ciertas ocasiones se dilataban las ventanas de su nariz, ligeramente remangada,[5] dejando ver al través de su delgado cutis color de rosa las venitas azules de que estaba surcada, comprendería desde luego que era capaz de resoluciones enérgicas. Con algunos años más que Rosita, y con el tacto que generalmente se desarrolla en los pobres que no se infatúan cuando viven en la casa de los ricos, era realmente su director en muchos negocios sin que se apercibieran de ello ni la una ni la otra; con menos imaginación y conociendo su verdadera posición enteramente precaria, no avanzaba más allá de donde le era conveniente, y si bien era la única persona que influía en el corazón de la hija del señor Dávila, el afecto desinteresado que la tenía, y los servicios que en muchas ocasiones la prestaba, justificaban esta influencia amistosa.

Clara no había ido al paseo de El Cabrío, ocupada en disponer todas las cosas necesarias para cuando volviesen los convidados. Después de haber dado sus órdenes, y de asegurarse por sí misma de que todo estaría listo a las horas designadas, había ido en busca de Rosita, con objeto de ayudarla a peinarse. Cuando estuvieron en el tocador, seguras de que nadie las escuchaba, Rosita refirió a Clara todos los incidentes del paseo, riendo alegremente de las ocurrencias del comandante, que había empleado la mañana en cortejarla.

—¿Y el señor Henkel?, preguntó Clara revelando en su mirada una viva curiosidad.

—No le he visto, contestó Rosita, buscando distraídamente alguna cosa en el tocador.

—Es increíble, replicó Clara, después de algunos momentos de silencio.

Ya antes había notado que Rosita enmudecía siempre que se trataba del señor Henkel; algo picada por aquella reserva, cayó en la tentación de averiguar la causa, y dijo con la mayor naturalidad:

—Aquí han traído esta preciosa cajita de concha, con esta llavecita de oro para usted.

—Veámosla, ¿quién la ha mandado?

—Tal vez adentro estará el nombre, repuso Clara, que ya sabía cuál era, porque había abierto antes la cajita.

—¡Qué cosa tan primorosa!, exclamó Rosita al tomarla entre sus manos, observando que la pequeñita cerradura podía cubrirse y disi-

[5] Levantada (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

mularse con un pavo real esmaltado que giraba sobre un resorte. Abrióla en seguida y vio en el fondo su propio retrato en miniatura, y abajo de él estas palabras, que leyó: "Fernando Henkel, a la señorita Rosa Dávila".

—¡Qué gusto tan exquisito tiene este señor Henkel! ¿No es verdad, Clara? Y sin esperar respuesta continuó: te aseguro que de todos los regalos que me han hecho en este día, es el que más me agrada.

Clara, con penosa resignación respondió:

—Tiene usted sobrada razón, Rosita, no hay cosa mejor que el regalo del señor Henkel.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando se abrió una puerta-vidriera de la pieza en que estaban las jóvenes, presentándose el señor Dávila. Contra su costumbre miró a su hija con cierta severidad, que ella no advirtió desde luego, y le dijo en seguida:

—Nada perdono porque tus gustos sean cumplidos, lo ves; quisiera evitarte toda contrariedad.

—¿Pues qué hay, papá?, preguntó Rosita, extrañando el preludio.

—Quiero que me ayudes hoy a castigar la insolencia de un miserable que se ha atrevido a asegurar que correspondes a su amor.

Rosa miró a su padre sorprendida y de pronto creyó que aquella tempestad amenazaba al comandante Montemar, que en toda la mañana la había importunado con requiebros y chicoleos.[6]

—¿Me lo prometes?, dijo con gravedad don Domingo.

La joven, huyendo dar una respuesta categórica, preguntó luego:

—¿De qué modo puedo yo contribuir a ese castigo?

—Óyeme, debe hoy venir ese don Fernando Henkel, que se cree bastante distinguido para aspirar a tu mano, a quien he tenido la debilidad de admitir en mi casa, desde que construyó aquella caja de seguridad, que confieso nadie ha podido imitar, pero que no le saca de la esfera de un artesano, de un maquinista a lo más, cuya cualidad principal me había parecido que era la modestia; ¡pero buen chasco me he llevado! Estoy bien instruido de sus ideas exageradas y de sus sentimientos orgullosos, gracias a una carta que un buen amigo me ha remitido; hoy, pues, es el día en que haremos sentir todo el ridículo de sus pretensiones a ese fatuo que no cesa de denostar a la gente decente y a los españoles, cuando debiera reconocer, si es que tiene talento según dicen, que a ellos les debemos todo los mexicanos.

[6] Dicho o donaire que se usa con las mujeres por galantería (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Papá, interrumpió con dulzura Rosita, procurando dar un giro diverso a aquel negocio, ¿no sería mejor dejarlo para otra ocasión? fuera de que ese señor no me ha ofendido.

—¿No te ha dicho que asegura que le correspondes?

Rosita se puso súbitamente muy colorada, y sus negros ojos brillaron de un modo terrible.

—Deme usted esa carta, papá.

Éste sacó de su inmenso paltó[7] un papel azul y se lo entregó a su hija, quien desdoblándolo apresuradamente lo leyó con la mayor atención; pero a medida que avanzaba en su lectura, desaparecía el ceño que obscurecía su frente, y volvían a su posición habitual las arrugadas cejas, hasta que prorrumpiendo en una carcajada, dijo, devolviéndole a su padre el papel:

—¡Si no tiene firma, papá!

—¡Ya se ve que no tiene firma! Estas cartas no…

—Apostaría a que sé quién ha escrito ese papel.

El semblante de Rosita volvió a nublarse, porque si bien le había sido muy grato poder descubrir que solamente aquella carta anónima era la que aseguraba que Fernando se creyese correspondido de ella y que así lo publicase, había conocido inmediatamente quién era su autor, y se indignaba al pensar de qué medios tan rastreros se valían los que querían perjudicar al joven maquinista en el ánimo de su padre, que antes le había apreciado sinceramente.

En la carta se le denunciaba a éste el amor que el maquinista profesaba a Rosita, asegurando que se jactaba de ser correspondido, afeando sus pretensiones y su carácter, presentándolo como un espíritu inquieto que en todo meditaba reformas, y llamándole corifeo de la canalla a la que predicaba el socialismo. La joven, que estaba segura de haberse conducido respecto de su amante con la mayor discreción, y de haber reconocido en él desde sus primeras visitas un carácter elevado, no dio asentimiento a la terrible acusación de que la difamase, y deseando reconciliarlo con su padre, sin tener presentes las otras calumnias de la carta, que en el ánimo del señor Díez de Dávila debían dejar forzosamente una profunda impresión, dijo:

—No es capaz el señor Henkel de cometer semejante falta; sobre todo, añadió con un noble orgullo, nada tiene que decir, y el suponer

[7] *Paltó* o *paletó*. Gabán largo (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

nosotros cierta esa jactancia que insidiosamente se le atribuye, sería una miserable fatuidad, de que gracias a Dios estamos muy ajenos.

—¡Pues tienes cachaza![8] ¡A ti nada te importa el qué dirán!

—Papacito, el qué dirán me aburre, me atosiga y creo que causará mi condenación: si uno recibe a las personas que la visitan con semblante halagüeño, ¡qué coqueta! Si las recibe con seriedad, ¡es uno entonada, orgullosa! Si se viste con gusto, ¡está tirando un caudal y arruinando su casa! Si se trata con economía, ¡es una mentecata! Lo que yo creo es que en todas estas miserias con que los prójimos nos agobian, no hay más que envidia, y por esto no se me da nada el qué dirán.

—Yo no entiendo esas niñerías; estoy por la española antigua, y para mí el pan es pan y el vino es vino. En mi tiempo fue siempre cosa muy sagrada la honra de una doncella, y ¡vive Dios! que la tuya se ha de conservar siempre sin tacha.

—En buena hora; ¿pero cree usted que la honra se mancha por lo que se le antoja escribir a algún miserable en una carta anónima?

—No, ciertamente; pero ese señor Henkel a quien de hoy en adelante no podré ver con ojos serenos, sí te deshonra, y mucho, con sus insolentes pretensiones.

Don Domingo comenzó a pasearse por la pieza hablando consigo mismo, y violentándose gradualmente.

—¡Medrados estamos![9] al cabo de tantos años de cuidados, después de procurar infundir en la señorita sentimientos de verdadera nobleza, venimos a salir con que ¡un maquinista! ¡Un herrero! ¡Un indio en fin, venga a mi propia casa a dar qué decir a los murmuradores contra la honra de una Díez de Dávila!

—El mal estará en haberle convidado, dijo con voz firme aunque reposada la joven.

—No, señorita, contestó encarándosele su padre; el mal está en que usted no ha sabido tener a raya a ese mequetrefe, quien de poco tiempo a esta parte repite sus visitas sin que lo llamen; usted, que en todo ha sido hasta aquí modelo de buena hija, no ha querido aprovechar mis consejos y tomar el tono que le corresponde, siendo amable con dignidad, y haciendo discretamente que se retiren esas pobretonas de que suele usted rodearse, y que sólo vienen a sacarle el dinero, y esos pretendientillos que a todo se atreven porque nada tienen que perder.

[8] Frialdad (DRAE).
[9] ¡Lucidos estamos! (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Rosita, a quien verdaderamente había sorprendido el enojo de su padre, vio con dolor que no bastaba para desarmarlo el indicarle lo mucho que tiene que sufrir una joven ante la terrible sociedad, que siempre está dispuesta a dar pábulo a todo lo que cede en disfavor de otro, y no tiene defensa alguna para las personas que quieren conducirse con naturalidad. Rosita se encontraba bien con algunas familias desgraciadas, que haciendo un esfuerzo sobra su mala situación, se vestían lo mejor posible, y la visitaban a hurtadillas para referirle sus cuitas, que ella remediaba generosamente, y su padre la obligaba a no separarse de las gentes de gran tono que iban a curiosear cómo estaba vestida y a hacer alarde de su propio lujo. Rosita, naturalmente afectuosa y sencilla, había conocido muy pronto que en cada elegante despreciado tenía un enemigo, y gustaba dirigirse a los más tímidos, a los menos ostentosos, por benevolencia y para hacer rabiar a los primeros, y apenas había podido abrigar una naciente inclinación por el joven Henkel, cuando todo el mundo, y lo que más sentía, su padre mismo, se habían levantado en su contra.

Conociendo el carácter violento y testarudo de éste, advirtió con profundo sentimiento que el modo de sacar algún partido en aquellas circunstancias en favor del maquinista, era manifestar que estaba pronta a despreciarlo.

—Está bien, dijo resueltamente; yo haré de modo que ese maquinista no vuelva a visitarnos; pero es preciso guardarnos de correrle ningún desaire en público, sería esto de mal tono, y…

—Supuesto que te encargas de eso, puedes arreglarlo con Clara del modo que mejor les parezca. Veo con gusto que eres dócil, y por esto mismo extrañaba que defendieses tan obstinadamente a ése…

—Yo nada defiendo, papá; los fuertes, los ricos se defienden solos; a los pobres y los débiles es una locura querer librarlos de su suerte.

—¿Qué quieres?, el mundo es así hace mucho tiempo, y mayor locura sería pretender cambiarlo.

En seguida salió don Domingo y fue a reunirse con las visitas que estaban en la sala. Clara y Rosa se miraron sin hablarse, y ya no se ocuparon en lo ostensible sino en terminar prontamente el tocado de esta última, dirigiéndose después también a la sala, donde a poco de haber ellas tomado asiento se presentó don Fernando Henkel.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

4. FERNANDO

Era el señor Henkel un joven de treinta años, hábil grabador y maquinista, iniciado en los secretos de la química. Su traje modesto, su fisonomía llena de bondad, su mirada dulce y tranquila, su color trigueño; en todo él se reconocía el tipo fino de los aztecas primitivos: cuerpo alto y bien desarrollado, nariz bien hecha, labios delgados, boca regular, pequeño bigote que le hacía aparecer de menos edad, y una dentadura simétrica de un esmalte brillante. A pesar del nombre alemán que llevaba estaba muy distante de serlo. Muy niño había sido recogido por un herrero extranjero que le había dado educación y nombre. Advirtiendo desde muy temprano la notable capacidad del indito para las artes, y no teniendo hijos, se esforzó, con un amor verdaderamente paternal, en darle buena educación, dedicándolo primeramente al dibujo y a la pintura en la Academia de San Carlos,[10] después al grabado. Cuando ocurrió la muerte del herrero Henkel, su hijo adoptivo tenía ya su taller de grabado públicamente, y dirigía a la vez muchas obras de herrería en que comenzó a llamar la atención general, por el modo exquisito con que las hacía trabajar, enseñando a muchos pobres artesanos que venían a pedirle consejos. La incansable laboriosidad del joven, las relaciones de su padre adoptivo fuera de la República, y las economías de entrambos, les habían permitido formar un almacén de instrumentos científicos y máquinas en clase de consignatarios, de cuyo despacho se ocupaba el mismo señor Henkel, cuando por su salud debilitada, había dejado ya los rudos trabajos de su oficio. En dicho almacén tenía Fernando una escuela práctica, que vino a desarrollar extensamente su aptitud natural para la mecánica. Privado después por la muerte de su padre adoptivo de los consejos, del apoyo y del amor que en éste encontraba, sintió que empezaba a apoderarse de él una profunda melancolía, a que siempre

[10] Fundada en 1785, es la escuela de artes plásticas ubicada atrás del Palacio Nacional, en el antiguo Hospital del Amor de Dios. Ahí se ofrecían clases nocturnas para artesanos.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

había propendido, precisamente al tiempo en que conoció a don Domingo Dávila, que fue a su almacén con objeto de que se le encargase de Europa una caja de seguridad que en precauciones excediese a las que entonces se conocían. El joven maquinista, creyéndose ya bastante inteligente para hacerla, se ofreció a trabajarla por sí mismo, conviniendo con el señor Dávila en mandar traer otra si no le satisfacía la que hiciese. Concluida que fue, la remitió a la casa del señor Dávila y, como a pesar de las explicaciones escritas con que la acompañó, no podía éste comprender su mecanismo, tuvo que pasar a ella para enseñarle las combinaciones de la caja de seguridad. Entonces vio a Rosita por la primera vez, porque el padre de ésta quiso que aquélla también supiese los secretos de aquella caja, y altamente complacido de tal trabajo, invitó en medio de su entusiasmo al maquinista para que frecuentase la casa, haciendo una notable excepción a la manía aristocrática que lo dominaba.

Como hemos dicho, el joven Henkel ignoraba quiénes fuesen sus padres; según había oído decir a su benefactor, se había quedado en su compañía desde muy pequeño, porque habiendo venido a México a vender carbón de fragua con su padre, éste fue cogido de leva[11] y ya no había vuelto a verlo más.

Él no tenía otros recuerdos de su infancia que los continuados viajes que hacía con su padre, cuyas facciones no recordaba ya, habiendo olvidado también el pueblo en que vivía, y solamente conservaba de aquella época, con esa religiosidad propia solamente de los indios, un cotoncito azul de lana,[12] una faja encarnada, un sombrerito de palma y unos *cacles*.[13] Éste era el vestido que había traído de su casa. Aquellos objetos le recordaban los grandes deberes que tenía que cumplir con la raza infeliz a que pertenecía, y esta idea asociada con todas las que germinan en el alma de un desgraciado, que desde muy temprano se ha visto en la necesidad de observarse, de conocerse a sí mismo y a la sociedad en que vive, le daban a su carácter un tinte melancólico.

El señor Dávila había comunicado la carta anónima contra Fernando a algunos amigos, con lo que bastó para que todos supiesen su contenido; así es que en el momento de presentarse el maquinista en la tertulia, se levantó un murmullo general. Rosita, en contra de las

[11] En el siglo XIX, el reclutamiento forzoso a las filas del ejército, o leva, fue el mecanismo más utilizado para formar las tropas.

[12] Entre los indios mexicanos se llama *huipili* una especie de túnica sin mangas que les pasa de la rodilla y que no tiene cerradura debajo de las arcas. [Nota del autor.]

[13] En mexicano *caclli*. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

prevenciones que acababan de hacérsele, habría querido impedirle al maquinista el disgusto que lo esperaba; pero se miraba horriblemente atada, no tanto por su padre, con quien había arreglado una especie de neutralidad por un día a lo menos, sino por aquella tremenda reunión de cócoras y murmuradores, a quienes nada hubiera sido más grato que tener algún motivo para zaherir la reputación de aquella joven que los humillaba constantemente.

Siempre había salido triunfante Rosita con su genio burlón y con su orgullo; pero en aquella ocasión ¿de qué podían servirle mientras no se resolviese a sacrificar a su amante? La misma sociedad que la había precisado a ocultar en lo íntimo de su corazón los más nobles y dulces sentimientos, que la estrechaba a cada momento a ser falsa, la obligaba entonces a aceptar el papel de verdugo, siendo la víctima un honrado artesano, un joven sencillo a quien apreciaba instintivamente desde la primera vez que se había presentado en su casa, y de cuyo ferviente amor estaba plenamente satisfecha.

Como nada hay que excite fuertemente la energía de los caracteres generosos que la opresión, la brillante Rosita, a quien se le había impuesto la obligación de personificar el modelo de una joven de tono, estaba a punto de pronunciarse contra tal exigencia que la precisaba a ser cruel; y si no la hubiera contenido el profundo cariño que tenía a su padre, habría protegido decididamente al artesano, a la vista de todo el mundo, no por amor, sino por el gusto de desafiar la tiranía de que ambos eran víctimas, al menos en aquel momento.

Después que Fernando saludó a la concurrencia, fue a presentarse al señor Dávila, con suma cortesía.

—Extrañaba, señor Henkel, dijo aquél en voz alta, la tardanza de usted; sin embargo de que apostaba ciento contra uno a que vendría, y dirigió entonces una mirada maliciosa a los que estaban a su lado.

—Con mucha razón, repuso inocentemente Fernando; me es tan grato recibir un convite de la casa de usted, que dejaría cualquiera ocupación por obsequiarlo.

—¡Bien! ¡Muy bien!, gritaron por un extremo de la sala, batiendo las manos en señal de aplauso, a causa de que el comandante Montemar improvisaba versos algo picarescos, en unión de varios amigos que habían ido a constituir lo que solemos llamar el *mosquete*.

Fernando, que no podía saber por qué aplaudían, algo cortado continuó, dirigiéndose al señor Dávila:

—Hoy es el cumpleaños de Rosita, y este solo motivo…

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Al decir esto sintió que le subía la sangre a la cara y que le tracionaba, por lo que no pudo concluir.

—¿Por qué no va usted a felicitarla?, interrumpió don Domingo arrugando las cejas.

—Esperaba sólo el permiso de usted.

Sin embargo, del deseo que éste tenía de saludar a su amada, apenas se atrevía a moverse, embarazado por ese *no sé qué* de una numerosa concurrencia para gentes poco versadas en la etiqueta; al fin se decidió, y fue en derechura a saludar a Rosita. La concurrencia estaba en el mayor silencio, cuando Fernando atravesó la sala.

—Es mucha satisfacción para mí, le dijo a Rosita, cuando estuvo en su presencia, acompañar a usted en un día tan feliz.

Rosita, mudando de colores, vio a su padre que la miraba fijamente, y nada pudo contestar. Fernando, viéndola tan turbada, y no teniendo de pronto otra salida le suplicó cantase alguna cosa.

—Cantaremos, dijo Rosita ya repuesta, el duo de "Romeo y Julieta", si le parece a usted.

—Con mucho gusto, se apresuró a decir Fernando, ofreciéndole el brazo y conduciéndola después al piano, en el que ya los esperaba el distinguido maestro mexicano don Antonio Gómez.

Tres veces empezaron el precioso duo "*Si fuggire a noi non resta*" y otras tantas lo interrumpían porque perdían el tono o no se arreglaban al compás. El acompañante, gracias a su destreza consumada, cubría cuanto era posible el desarreglo de los cantantes, hasta que al fin logró que uniesen su voz de un modo tan expresivo y tan patético que no parecía escrito sino para aquella ocasión el precioso dúo en que Romeo y Julieta lloran la adversidad de su destino, y bien pudieron decir como ellos Fernando y Rosita:

Romeo: *Otra más dichosa patria*
Propicio nos dará el cielo,
Y acabará todo anhelo
Por nuestro constante amor:

Giullieta: *Un poder horrible y fiero*
Me encadena aquí, infelice,
La alma sola me predice
Que sin ti no viviré.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

La maliciosa concurrencia que llegó a desesperar al principio de que aquella pieza fuese cantada, pagó, al fin, un justo tributo a los cantantes y al pianista, aplaudiendo frenéticamente. El señor Dávila, que en todas ocasiones hallaba modo de explicar todo lo relativo a su hija sin atinar con la verdad, creyó que la falta de compás y de afinación en una pieza que conocía perfectamente, provenía del deseo de deslucir a Fernando, y que después para manifestar su habilidad había echado, como dicen, el resto, en lo cual miraba que su hija caminaba en el sentido del honor.

Conocida la habilidad de Rosita en la cítara, recibió *incontinenti* varias súplicas, a fin de que tocase alguna improvisación, en las que era ordinariamente muy feliz. Tocó, en efecto, y el auditorio quedó agradablemente sorprendido al percibir alternativamente los ecos más sentidos, más blandamente melodiosos, las transiciones más atrevidas de las que en vano querríamos dar a nuestros lectores una débil imagen. ¿Qué es en efecto el sentimiento que se despierta cuando llega a nuestro oído la grata modulación de dos cuerdas que vibran en acordes perfectos? ¿Dónde se guarda ese depósito de suave melancolía, de ilusiones vaporosas, de vagos deseos, de dolorosos recuerdos que parecen levantarse dentro de nuestra alma, conmoviéndola en su íntima esencia? Sólo en esas ocasiones en que oímos gemir las cuerdas de un instrumento y en que una voz apasionada nos arrebata, podemos comprender, podemos palpar, que la armonía es el amor del universo, y que la simpatía, los afectos tiernos y generosos, y esas indefinibles aspiraciones que van como a perderse en la inmensidad del espacio, son pequeñas funciones del individuo comprendidas en la ley general de la atracción, del orden, de la armonía universal que se nos hace sensible con la música.

Fernando, después de haber dejado a Rosita en su asiento, buscó la compañía de un amigo: precisamente fue a sentarse al lado del comandante Montemar. Era éste un joven blanco, de mediana estatura, ojos vivos, pelo negro, que usaba bigote y perilla, vestido rigurosamente a la moda; gozaba entre las bellas la reputación de valiente, porque había tomado parte en algunos pronunciamientos y le había tocado vencer; en amores era ordinariamente afortunado, gracias a su buena presencia, a su elegancia y a su modo de hablar altisonante, y en cierta manera elocuente; pero, respecto de Rosita, no había podido adelantar nada absolutamente, de lo que resultaba que lo que había sido en él un capricho de mera galantería, se había tornado en una pasión que empezaba a ser verdadera.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Cuando Fernando se sentó a su lado lo recibió muy obsequioso diciéndole:

—Ha cantado usted admirablemente en unión de la bella Rosita.

—Sólo la amistad de usted puede disimular…

—Voy a darle a usted una buena noticia, dijo Montemar. Las ilustradas opiniones de usted, su amor a los artesanos de los que es usted una representación elevada, su profunda compasión hacia los indios a los cuales deseara proteger, y las nobles esperanzas que tiene usted de su futuro bienestar, han hecho una favorable impresión en las personas más caracterizadas de esta sociedad, particularmente en el ánimo del señor don Domingo Díez de Dávila. Fernando, que sintió tocada la cuerda más sensible de su corazón, y no sospechando el lazo que se le preparaba, preguntó con muestras visibles de satisfacción.

—¿Pero cómo han tenido noticia de tales cosas, si sólo a usted le he hablado de ellas?

—Me he tomado, respondió el comandante con algún empacho, la libertad de instruir acerca de ellas a algunos señores, de quienes estaba seguro de antemano que las apreciarían debidamente, por no desaprovechar una bella ocasión que se me presentó; creí obrar con las facultades de un amigo discreto…

Fernando permaneció sin responder por algún tiempo, y luego continuó el comandante:

—Tengo ahora una idea que espero merecerá la aprobación de usted.

—¿Cuál es?, dijo con seriedad Fernando, mirando fijamente a su interlocutor, de quien instintivamente comenzó a desconfiar.

—Contando con la favorable disposición en que se encuentran los miembros más respetables de esta exquisita sociedad, juzgo que no sería desacertado hablarles de nuevo a todos juntos, con entusiasmo, con elocuencia, acerca de esos grandiosos proyectos de usted de los que tienen ya algún conocimiento.

—Sería inoportuno, contestó secamente Fernando.

El comandante sin darse por entendido continuó diciendo:

—Cuando el vino hubiere comenzado a hacer correr la vida con más velocidad en las venas de estos hombres descreídos, aniquilados, excitando en su corazón los sentimientos generosos, entonces lograría usted un éxito completo.

Fernando, en quien eran ya sospechosas las oficiocidades del comandante, por toda respuesta le echó una mirada torva sobre el hombro, que éste no advirtió, continuando en seguida:

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—La poesía puede mucho; usted ha hecho ensayos que prometen demasiado, ¿por qué no ha de aplicar usted ese talento al logro de sus grandes ideas? Resuélvase usted; yo estaré a su lado, y no perderemos tan brillante ocasión.

Fernando se quedó pensativo, sintiendo una aversión repentina por el comandante, mientras que éste, seguro de que algún efecto tendría su jesuítica trama, si él mismo presentaba la oportunidad, fue a sentarse al lado del señor Dávila, habiendo logrado ya en su concepto lo principal, que era cubrir para cualquier evento con aquella especie de franqueza, su indignidad.

Rosita, que sabía ya que el autor del disgusto que había tenido poco antes era el comandante, pues había conocido su letra por la multitud de composiciones poéticas que con la misma le había dirigido, al verlo tan cortés cerca de Fernando, adivinó fácilmente que proseguía en alguna diabólica trama, y no pudiendo advertir por lo pronto a Fernando el peligro, se propuso protegerlo en cuanto pudiese, y vengarlo de aquel enemigo encubierto.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

5. EL CENADOR

Serían las cuatro de la tarde cuando fue dada la señal para que los convidados pasasen a ocupar su asiento respectivo en el gran cenador. Estaba construido éste en medio del jardín, a la sombra de varios árboles frondosos y elevados; una columnata dispuesta en forma circular, tersa y reluciente, de un blanco mate, con sus capiteles dorados, servía de apoyo a una bóveda de cristales esmerilados, a través de los cuales y de unas cortinas de seda, penetraba durante el día una luz suave y voluptuosa. No es fácil explicar las sensaciones que se experimentaban pasando allí el principio de una velada, cuando la luna majestuosa lanzaba desde la mitad del firmamento sus rayos melancólicos; el aspecto fantástico del inmenso jardín, el sonoro movimiento de las aguas, el rumor del aire entre las hojas de los árboles, y el canto repentino de los cenzontles, causaban una conmoción tan íntima y tan nueva, que parecía que el alma, libre de las cadenas en que vivió, se transportaba a una región de placeres indefinibles.

Dentro del cenador, sobre una mesa ovalada de jaspe, se miraba de pie una estatua de mármol blanco, representando la Abundancia en actitud de derramar los frutos contenidos en un cuerno de oro que tenía en las manos. En las cuatro puertas del cenador, que correspondían a otras tantas callejuelas adornadas de arbustos y flores exquisitas, había cuatro estatuas de estuco que representaban a la Fortuna, a Minerva, a Venus y a Cupido.

Cuando se sentaron los convidados a la mesa, según el orden de las tarjetas que al efecto se habían distribuido, se vio que la presidían de un lado y en medio de ella el señor Dávila, y del otro un viejecito regordete, colorado, chaparro, con la cabeza y patillas canas, de ojos azules armados de antiparras engastadas[14] en carey. Era persona a

[14] Engastar: encajar y embutir una cosa en otra, como una piedra preciosa en un metal (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

quien guardaban todos grandes respetos, escuchando muy atentamente sus narraciones algo largas, en las que hacía contraste su tono glacial, con la ironía y sarcasmo de que usaba con demasiada frecuencia. El objeto de la conversación que seguía con varios de los convidados, que parecían pendientes de sus labios, era político:

—No hay remedio, señores, decía el viejecito después de un acceso de tos asmática que acababa de darle; ahora se han apoderado del señor Santa Anna los liberales, y van a traerle en triunfo; vivirán por algún tiempo como marido y mujer mal avenidos, riñendo con frecuencia, y cuando se divorcien, el señor Santa Anna nos buscará. En estas oscilaciones no es posible que se arregle nada de provecho. Yo creo que si el partido del orden vuelve a tener entrada en los negocios, como habrá de suceder seguramente, por ser el único puerto de salvación a que pueden acogerse las naciones que como México entran en la vía revolucionaria, por los sueños del liberalismo, debe buscar garantías más sólidas que las que hasta ahora ha solido ofrecer el señor Santa Anna. El partido del orden, al que bien pudiéramos llamar conservador de la sociedad, pues tiene por misión natural defender las garantías generales, es decir, la propiedad, la familia y la religión, no debe tener aliados cuando manda, sino instrumentos.

—Es una verdad, dijeron con muestras visibles de aprobación todos los que escuchaban, entre los que se encontraba Montemar. Éste exclamó en seguida con el énfasis de costumbre:

—¡Idea feliz! ¡Fecunda! ¡Salvadora! la de haber dado a nuestro partido el nombre de conservador: un nombre vale a veces el triunfo de una causa; ¿quién que tenga religión, familia y propiedad no querrá ser conservador? Nuestro partido por este solo nombre debe ser, no solamente nacional, sino cosmopolita.

Desde la caída del general Paredes, los antiguos escoceses que durante la pasajera administración de su corifeo se atrevieron a llamarse descaradamente monarquistas, viendo el mal éxito de su tentativa, robaron a los moderados su estandarte llamándose conservadores. Nuevos atlantes de la sociedad, proclamaron la defensa de la propiedad, de la religión y de la familia, y aunque para todo el mundo era clara la hipocresía, no faltaron personas que se pusiesen aquella máscara para encubrir sus intenciones, porque en todas partes, pero en México especialmente, la política es un continuo carnaval, en que más o menos, todos los que intervienen saben que puede dirigírseles este apóstrofe: "¡ya te conozco, máscara!".

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

No hay partido en el mundo que no pueda decir tan vagamente como el llamado conservador "defiendo la propiedad, la familia y la religión", pues nadie deja de aspirar a tener algo, a ser propietario; todos amamos la familia, esto es a nuestros padres, a nuestros hijos y a los que viven a nuestro lado; y todos tenemos religión, porque ningún ser racional deja de esperar o temer algo de la divinidad, cualquiera que sea la creencia en que lo hayan imbuido, y por lo mismo se esfuerza siempre en practicar aquello que comprende que se le hará propicia; la dificultad ha sido y será por mucho tiempo, aplicar las consecuencias de una libertad justa y ordenada al régimen de la sociedad, y por lo mismo, la cuestión entre el partido revolucionario y el reaccionario, entre los hombres del porvenir y del pasado, se reduce únicamente para los primeros a hacer inatacable la *libertad*, para los segundos a hacer imperecedera la *servidumbre*. La igualdad de derechos y la *fraternidad* en las relaciones humanas es el sueño dorado de los verdaderos demócratas: sueñan todos los grandes hombres, sueñan con los pueblos, sueñan en fin, pues con esta expresión pretenden burlarlos sus contrarios, confiando en las palabras del Salvador del mundo que nos enseñó a orar, pidiéndolo todos los días: "Que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo", mientras que los aristócratas se apegan, se adhieren, se incrustan en los restos de lo pasado, y no ven que se los lleva la corriente, y que en la trasformación innegable que está sufriendo la sociedad, quedan ellos solos cubriendo como pueden su derrota, su necedad y su vergüenza, aunque los medios de que pueden disponer son tan frágiles como las hojas de higuera que sirvieron a nuestros primeros padres al salir del paraíso.

Notando el viejecito que por el respeto que lo guardaban no habían ocupado su asiento los hombres, y que no empezaba a servirse la comida, dijo sentándose para dar ejemplo:

—Estas señoritas, y se dirigió haciendo una profunda cortesía a dos hermosas jóvenes en medio de las cuales estaba su asiento, nos disimularán el que hayamos hablado más de lo necesario de asuntos tan ingratos para sus oídos.

En seguida comenzaron los criados a servir la mesa. En una de las cabeceras se encontraron Fernando y el comandante Montemar, mirándose con cierta sorpresa uno en frente de otro, pues no había entre ellos más intermedio que el asiento reservado a Rosita, que todavía estaba vacío. Fernando al ir para el jardín había recibido un papelito

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

en el que leyó lo siguiente, causándole una indecible turbación: "Luego que entre la noche retírese usted sin despedirse de nadie".

¿Quién había escrito aquello? ¿Cuál era el objeto de tan terminante prevención? ¿Se habrían equivocado al darle aquel papel? Tales eran las justísimas cavilaciones en que el joven se hallaba preocupado, casi sin atender a lo que pasaba en su derredor, y sin tocar los platos que le ponían delante.

La mesa fue servida con el mayor orden y con gusto muy exquisito aunque extranjero. No nos lamentaremos de que el respetabilísimo caldo, y el suculento puchero de nuestros abuelos, hayan cedido el campo a los ravioles, macarrones, *puddings*, *roast-beefs*, jaletinas y pastelerías de la cocina francesa e inglesa; tales cambios entran en el movimiento general de un siglo a otro, como consecuencia del roce de diferentes pueblos, como efecto de refinamiento en el gusto, o mirando las cosas desde mayor altura, como la realización constante del dicho del sabio, que no vio en la tierra más que *vanidad de vanidades*. Los pueblos se han alimentado principalmente de harina y carne, y mientras estos artículos se produzcan en México con tanta abundancia y a precio tan barato como al presente, no nos alarmamos de que la cocina mexicana tenga cada día entre la gente acomodada menor número de sectarios.

Algunas botellas de rico madera y espumoso champaña habían sido vaciadas, cuando se presentó Rosita con todo el esplendor de su hermosura causando un murmullo de aprobación hasta entre el bello sexo. Al percibir el aroma que despedían sus vestidos, y al crujir éstos rozando contra los asientos, Fernando y el comandante se miraron de un modo tan feroz, que cualquiera que los hubiese visto habría creído que iban a dar principio a un combate, según el odio que se había apoderado de los dos rivales.

La joven llevaba un vestido de raso aperlado, adornado con pasamanería de oro, y tenía en la parte superior del peto una rosa de rubíes, en cuyo centro brillaba un soberbio diamante.

—Señor Montemar, dijo sentándose y dirigiéndole una mirada con cierta risita que empleaba siempre que se hallaba distraída, por la cual aparecía provocativa sin intención; ¿tendrá usted la bondad de…?

—¿De qué Rosita?, se apresuró a responder el comandante, poniéndose en pie por un movimiento instantáneo, armándose de un tenedor y un cuchillo, en actitud de servir lo que se lo ordenase de los platones que estaban a su vista. ¿Quiere usted que…?

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Hágame usted la gracia de retirar un poco su asiento, me está ajando el vestido.

El comandante, algo cortado, se apresuró a obedecer, y Rosita le dijo casi riendo.

—Usted me tiene miedo señor Montemar; le digo a usted que retire un poquito su asiento y no que huya de mí.

El comandante, que no dejaba el tenedor ni el cuchillo, acercó su asiento algunas líneas al de Rosita con una precisión matemática, pero al ejecutar esta evolución, no advirtió que el cuchillo quedaba detenido entre las dos sillas, por lo que al levantarse, violentamete le hizo saltar, escapándosele de la mano, y fue a caer desgraciadamente sobre la punta del pie de Rosita que apenas se asomaba por la orilla del vestido. La joven dio un pequeño grito, más por mortificar al comandante que por el dolor que le hubiese causado, lo que como es natural, atrajo sobre éste una gran mortificación.

—Voy a imponerle a usted una penitencia, señor Montemar, por el mal que me ha hecho, le dijo Rosita poniendo una cara hechicera.

—El código más severo y más sabio que es ciertamente la ordenanza militar, dijo él, volviendo a su humor petulante, aunque todavía estaba muy colorado, me absolvería; no obstante me sujeto voluntariamente a la pena que quiera usted imponerme.

—Por lo visto no está usted hoy con muy buena estrella; para contrariarla beba usted alguna cosa a mi salud y después nos hará favor de explicarnos lo que previene la ordenanza para estos casos.

El comandante conoció la ironía, y se mordió los labios; pero no era hombre que se dejase vencer por los primeros reveses; llenó inmediatamente una copa con vino del Rhin, y brindó con voz clara y sonora, recitando unos versos que para aquel objeto había aprendido de memoria.

Concluido el brindis, que era en honor de Rosita, ésta le dio las gracias con una ligera inclinación de cabeza y dirigiéndose con marcada amabilidad a Fernando, le dijo:

—Si tuviera usted la bondad, señor Henkel, de servirme una jaletina.

—¿Qué no toma usted antes otra cosa?, preguntó Fernando.

—Tengo poca gana, respondió con languidez Rosita.

Fernando, que a fuer de enamorado sentía una viva satisfacción por aquella ligera preferencia, procuró reprimirse para no hacer alguna torpeza, y sirvió sin apresuramiento lo que acababa de indicársele.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—He visto, le dijo la joven en seguida, el precioso baulito que me ha mandado usted de cuelga; nos ha agradado mucho a Clara y a mí. ¿Dónde lo compró usted?

—Lo hice, Rosita.

—¿Lo hizo usted?, contestó ésta con cierta admiración, ¿y el retrato?

—Lo hice también.

—No sabía que pintara usted; ¿y cómo lo ha sacado usted? ¿Le habrá costado mucho trabajo?

—Como al dibujar nos ponen regularmente de muestra lo perfecto, después sólo nos es difícil retratar los seres imperfectos.

Rosita sintió que se sonrojaba por aquel elogio dicho con la mayor naturalidad, y variando inmediatamente de conversación, y con el tono de ligereza a que apelaba luego que se encontraba en algún aprieto, dijo, sin advertir que el comandante no perdía ninguna de sus palabras:

—A mí no me gustan los brindis.

—¿Por qué?, contestó inocentemente Fernando.

—Casi siempre son aplicables a todos los convites, y pueden dedicarse sin inconveniente a todas las personas. Luego que oigo los nombres de Clori o Filis, conozco que no hablan conmigo. El comandante que acababa de recitar el soneto de Arriaza titulado la "Guarida de amor", en el que se habla de los divinos ojos de una Silvia, creyó que eran dirigidas a él estas palabras, y moviéndose con impaciencia sobre su silla, tragando saliva y tosiendo, dijo a Rosita, sin saber ya ni lo que hacía:

—Confieso que no es mía la composición que he recitado.

—Creo que aunque fuese composición de usted la negaría, porque es usted muy modesto, dijo irónicamente Rosita; y luego añadió remarcando pausadamente las palabras y mirándole oblícuamente:

—Conozco trabajos de usted en que no ha puesto su firma…

El comandante se convenció entonces que Rosita había visto su carta anónima, y se esforzó en vano para buscar una respuesta satisfactoria.

En aquel momento se levantó la mesa, y Rosita, apoyándose suavemente en el robusto brazo de Fernando, salió en compañía de otras varias felices parejas de jóvenes por la puerta que guardaba Cupido, mientras que los señores graves y sesudos de la concurrencia salían por la de la Fortuna con objeto de entregarse a Birján. Excusado es decir que entre los que iban a entregarse a tan piadosa ocupación se

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

encontraban ex-ministros, generales, agiotistas y algunas respetables matronas.

Montemar, a quien todos habían olvidado, tenía que ir a desempeñar sus dos horas de *talla*, pues en las escaseces tan repetidas que sufren los que sirven al gobierno, se había visto forzado a poner en práctica la industria de *gurupié*,[15] en la que ciertamente no era zurdo; pero no pudiendo resolverse a soportar impunemente sus calabazas, llevado de los celos, se fue en busca de Rosita y Fernando, por esa atracción que suele tener el mal, de la que difícilmente logra uno libertarse antes de que se haya consumado.

—Usted es el que más tarde ha llegado, decía Rosita mirando fijamente a Fernando; apenas hemos cantado un dúo, y eso tan mal... Hoy no tiene usted disculpa.

—Es verdad, contestó Fernando; debí dejar todo por venir con la exactitud que yo mismo deseaba, pero me fue preciso dejar despachado el correo para Europa, pensando que la diversión se prolongará hasta la noche.

Enseguida, volviendo la joven la cara hacia atrás, para ver si alguno los seguía, y no mirando cerca a nadie, dijo con resolución:

—No perdamos estos momentos. Cumpla usted exactamente lo que se le dice en el papel que debe haber recibido; no equivoque usted el motivo que me ha hecho escribirlo. No es posible que esté yo con usted más tiempo; convendría que no me volviese usted a ver: ¡adiós!

Al decir estas palabras retiró sin violencia la joven su mano del brazo de Fernando, y éste en ademán suplicante exclamó:

—¡Rosita por piedad! ¡Un solo momento! ¡Tengo que hablarle a usted!

—¿Tiene usted que hablarme?, interrumpió la joven con extrañeza, clavando sus grandes ojos en Fernando, ¿y acerca de qué?

Fernando tuvo un momento de silencio, procurando combinar sus ideas, palideció y armándose por último de resolución dijo con un acento apasionado:

—Perdóneme usted, Rosita, si no puedo resistir más al encanto de su hermosura.

La joven con aire indiferente, jugando con los cordones de oro del seductor que llevaba en el cuello, respondió dándose un aire de sencillez.

[15] Del francés *croupié*, es decir, tallador.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Eso mismo precisamente me repetía hoy hasta el fastidio el comandante Montemar.

—Fernando, a quien debió desconcertar esta respuesta, y que sintió que se levantaban los celos contra el comandante, tuvo bastante pasión para continuar:

—Nadie podrá darle a usted un corazón más sincero ni más ardoroso; ¡por piedad Rosita! no haga usted mi desgracia cuando una sola mirada de usted, una palabra sola harían mi felicidad.

En los ojos del joven se leía una pasión verdadera.

—Señor Henkel, dijo Rosita con cierta gravedad, usted se engaña.

—¿Se engaña quien adora a usted?

—Sí, se engaña el que creyese que una palabra mía haría su felicidad.

—Una sola palabra Rosita, ¡una sola! dígame usted que no rechaza mi amor, que con el tiempo podrá usted amarme, y… que…

—Esa no es una sola palabra, interrumpió Rosita con agrado; y luego cambiando repentinamente de tono y como completando algún pensamiento que había causado aquella metamorfosis, añadió mirando severamente a Fernando:

—Yo quiero ser enteramente libre.

A la seductora y casi infantil amabilidad que un poco antes se miraba en el rostro de la joven, sucedió la expresión del orgullo y dijo, manifestando enojo:

—Yo no sé lo que autorice a usted para hablarme de esta manera.

—Perdón, Rosita, ¡perdón si he disgustado a usted!

Al decir esto el joven había puesto una rodilla en tierra con el ademán más suplicante. Rosita lo contempló por un momento como indecisa y conmovida; pero en aquel instante percibió muy de cerca el coro de unos jóvenes que venían cantando la ponchada.[16] Temió que hubiesen visto la actitud de Fernando, y no quiso participar del ridículo que sobre él iba a recaer, le volvió la espalda y tomó el brazo del primero que se le presentó: era el comandante Montemar.

—Y bien, Rosita, dijo éste, ¡qué chistosa ha estado la aventura!

—Sí, respondió con una expresión sarcástica que petrificó al comandante. La aventura ha estado tan chistosa, tan original, y tan desapacible como usted.

Clara, que también había sido testigo de la escena que acababa de pasar, se acercó con grande inquietud a Rosita; ésta, al verla, le dijo:

[16] Cantidad de ponche dispuesta para beberla juntas varias personas (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Vámonos del jardín porque ahora tiene como siempre el comandante Montemar ocurrencias muy enfadosas…

La alegre compañía de cantantes que desde cierta distancia habían visto el desprecio de Fernando, y que después había tomado Rosita el brazo del comandante, recibió a éste con vivas y palmoteos, creyéndolo enteramente vencedor.

—Comandante, dijo uno de aquellos calaveras, es necesario escarmentar para siempre a ese miserable, y señaló a Fernando que les daba la espalda, parado y meditabundo a la orilla de un estanque cuyo pretil era muy bajo, distrayéndose con la vista de varios hermosos cisnes que flotaban sobre el agua, y de innumerables pecesillos de diferentes colores que huían rápidamente luego que se les acercaban los cisnes. Entretanto gritaban los cantantes de la ponchada:

—Sí, comandante, es preciso salir por el honor del pabellón, usted lo ha prometido; sí, sí, un desafío, ¡un desafío!

Hay algo muy poderoso que se desarrolla en el hombre cuando se halla en compañía de otros, y que tanto puede servir para el bien como para el mal, de suerte que lo que por sí solo nunca haría, lo que tal vez reprueba en lo íntimo de su corazón, lo pone en práctica por sólo seguir el impulso que otros la dan, y por no saberlo resistir. Fernando no había ofendido a ninguno de aquellos que azuzaban al comandante, y no había alguno que en lo particular no estuviera dispuesto a mostrar deferencias y consideraciones al eminente artesano, cuya industria y buen carácter le habían granjeado hasta entonces un justo respeto. Montemar era el hombre más a propósito para dejarse arrastrar por el "tole, tole"[17] de la muchedumbre, así es que no tardó en dirigirse orgullosamente al lugar en que se encontraba su rival. Distraído éste con sus tétricas reflexiones no advirtió que se le acercaba la compañía de cócoras, hasta que el comandante le tocó groseramente la espalda, dándole una palmada: al volver la cara vio que éste, lanzándole la mirada más insolente, le arrojaba un guante a sus pies. Fernando hizo un movimiento para abalanzarse sobre el comandante, pero se contuvo; recogió el guante con mucha calma y lo arrojó a la cara de su adversario con desprecio. Éste, que había observado el primer ímpetu de Fernando, creyó que lo había reprimido por cobardía, y cediendo al deseo de humillar a su víctima a vista de tantos testigos,

[17] Alusión a las palabras *tole eum*, con que los judíos excitaban a Pilatos a que crucificara a Jesús: confusión y gritería popular (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

juzgó que era cosa muy fácil echar al agua a su enemigo, que como hemos dicho estaba en la orilla del estanque y no esperaría aquel ataque, Fernando conoció tal intención, y cuando el comandante quiso empujarle, sintió éste que era estrechado entro los robustos brazos del herrero, quien lo dobló como una espiga, y cuando lo vio casi sin aliento lo balanceó a uno y otro lado y lo tiró al agua.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que se ahoga! gritaban los que antes habían impulsado al comandante a hacer la provocación que tan mal éxito había tenido, sin atreverse a sacarle del agua, dando por resultado únicamente sus gritos que acudiesen varias señoras espantadas. Afortunadamente el estanque tenía poco fondo; y luego que pudo ponerse en pie el comandante ya no corrió riesgo de ahogarse; le dieron la mano para que saliese y contaron a las señoras que por dar un salto atrevido había caído en la agua. Al espanto sucedió la risa, porque el comandante salió cubierto de lama y lentejilla.[18] Cuando las señoras se retiraron, el comandante le dijo a su enemigo, de modo que lo oyesen los circunstantes:

—Mañana a las siete, en el bosque de Chapultepec; lleve usted pistolas y padrinos, haga usted esta noche su testamento, porque el desafío será a muerte.

—Sí, en Chapultepec, contestó con burla Fernando, junto a la alberca; lleve usted quien le saque, porque puede usted ahogarse en ella.

El comandante, picado de la respuesta, quiso acometer de nuevo a Fernando; pero variando de resolución a instancias de sus amigos, con grande enojo y apretando los puños dio la vuelta con ellos repitiendo: ¡mañana en el bosque de Chapultepec!

[18] Lenteja acuática: planta de la familia de las lemnáceas, que flota en las aguas estancadas y cuyas frondas tienen la forma y tamaño del fruto de la lenteja (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

6. EL SARAO Y EL JUEGO

Rosita al entrar en su recámara sintió que su corazón se desgarraba: si le hubieran preguntado la causa de aquella aflicción acaso no hubiera sabido explicarla; pero lo cierto es que sentía una especie de remordimiento al pensar que el hombre que acababa de manifestarle su amor estaba en el ridículo más atroz, y ella, que era la causa única de su desgracia, había huido cobardemente, abandonándole al desprecio de todos. Luego que se vio sola, pues Clara, por no ser importuna se retiró a otra pieza inmediata, echándose sobre un sofá prorrumpió en llanto.

Un tanto desahogada, comenzó a hablar consigo misma preguntándose:

—¿Y siempre ha de ser esto así? ¿Siempre ha de estar uno espiada, perseguida y bajo la presión de todo el mundo? ¿Qué vida es ésta en que no podemos tener ni amor ni amistad, sin que cualquiera se crea con derecho de intervenir, de criticar y de conceder o negar su licencia?…

Variando luego la dirección de su pensamiento exclamó:

—¿Y a qué ídolo se hacen estos constantes sacrificios? A la vanidad de todos, a la falsedad, a la hipocresía ¡Pues bien! yo no los haré más, viviré sola si es necesario; pero nadie contrariará mis sentimientos. ¿Contrarío yo acaso los de nadie? Yo necesito una alma enérgica como la mía, que me comprenda, que me prefiera sobre todo el mundo, que no se detenga ante ninguna consideración, para que juntos y solos atravesemos el triste camino de la vida. ¡Oh, si el hombre que me amase me debiera toda su felicidad! ¡Qué fuese pobre, valiente y sincero sobre todo! ¡Estoy hastiada de ver tanto títere! ¡Tal vez este señor Henkel es el que Dios me ha destinado, y yo lo he despreciado por vanidad! ¡Cuánta pasión revelaban sus ojos centellantes, su actitud tan suplicante, su figura tan noble! ¡Acaso no se habrá postrado sino delante de Dios y de mí! Yo quisiera verle otra vez; que me dijese todo lo que tenía que decirme. Yo siento por él desde que le conozco una predilección que mi padre con razón ha notado, pero que no debiera contrariar.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Siempre ha sido conmigo respetuoso, nunca me ha mentido; a nadie mira más que a mí cuando nos visita y ¡ah! ¡Él me ama! ¿Y yo?… Creo que si no le amo ya, es el único hombre a quien podría llegar a amar…

En aquel instante entraban los convidados a la sala del baile. El grato aroma que despedían los ramos de flores que las jóvenes llevaban en las manos, las exquisitas esencias que habían empleado en su adorno y que embalsamaban el ambiente, el brillo de las luces con que estaba iluminado el salón, y la gratísima melodía de una obertura de Bellini que tocaba la orquesta, daban a aquel conjunto un aspecto de felicidad envidiable. Dos personas solas, las más interesantes de aquella reunión, no podían sin embargo gozar de aquel espectáculo: Rosa y su amante debían resignarse desde aquel momento a una larga desgracia.

Fernando había permanecido sentado sobre el banco de césped donde le había encontrado el comandante, desgarrando de cuando en cuando alguna flor que estaba al alcance de su mano. Como es de suponerse, difundida la historia de los sucesos de la tarde, y adulterados inmediatamente en su contra, era objeto de las curiosas miradas que furtivamente le dirigían los que pasaban cerca de aquel lugar, y de cuchicheos en que éste no reparaba por la profunda preocupación de que era presa en tal momento. Como por instinto siguió el movimiento general, cuando pronta a extinguirse la luz de la tarde, la alegre concurrencia se dirigió a la sala del baile. Era el último de la comitiva, y prefirió quedarse en uno de los corredores. Allí, reclinado sobre un canapé, y viendo entrar la luz de la luna al través de las vidrieras de colores que cubrían los intercolumnios, se dejaba llevar de las melancólicas impresiones de la música. Solo, sin un amigo, y con el desengaño más cruel en el corazón, se hallaba el infeliz Fernando, sin saberlo, al pie de la ventana de la pieza en que se encontraba su amada. Ambos escuchaban en aquel momento, separados apenas por una vidriera, la obertura de la *Norma*, esa obra maestra de Bellini en que tanto rebosa la sencillez junto con el más delicado sentimiento, desde su majestuosa introducción en medio de cuyos acordes brota, por decirlo así, el precioso tema que nos recuerda a la gran sacerdotisa druida, engañada, ansiosa de vengarse, prorrumpiendo en aquella terrible amenaza con que pretende intimidar a su ingrato amante, cuando le dice refiriéndose a Adalguisa, "*Nel suo cor ti vo ferire*", en aquel arranque de pasión y de melodía con que expresa sus celos, y que después forma en la ópera uno de los dúos más conmovedores que puedan

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

inventarse, hasta el final de la obertura en que se perciben ecos tan blandos, trinos tan delicados, que rematan en notas ligadas que decreciendo van a perderse en una escala aguda, como indefinibles gemidos. Todos estos accidentes, decimos, recibían para aquellos amantes, como siempre sucede con la música, un tinte, una expresión adecuada a su propia situación, suscitándoles mil dolorosas ilusiones que se desprendían tristemente del corazón, cayendo después, sin prestigio y sin vida, como los rayos de luz en un océano yerto, abandonándose cada uno al triste consuelo de llorar: sollozaban casi juntos; el menor accidente que los hubiese reunido en tales momentos, habría cambiado los posteriores acontecimientos de su vida.

Tiró Rosita del cordón de una campanilla y mandó a una criada que se presentó con una luz, que llamara a Clarita. Vino ésta sin tardanza, y al ver a Rosita exclamó:

—¡Jesús me valga! ¿Qué tiene usted señorita? ¡Qué pálida está! ¡Usted ha llorado!

—Cállate, le dijo dolorosamente Rosita, y luego continuó:

—Vamos al baile, donde me esperan muchos ojos ávidos de devorar mi aflicción; allí donde Fernando ocupará un ínfimo lugar, donde mi presencia le llevará el recuerdo más cruel. Dime, ¿no se habrá marchado?

—No lo sé; pero es preciso que se presente usted en el baile, para que no se alarme el señor don Domingo al observar que usted tarda mucho.

Rosita salió acompañada de Clara; una visible palidez aumentaba su belleza, sus grandes ojos arrojaban miradas fijas y penetrantes que le daban una expresión muy diferente de su antigua alegría y vivacidad; al verla creía uno reconocer otra persona. La niña había desaparecido dejando su lugar a la mujer seria, apasionada y seductora.

Cuando cesó la música, el sonido finísimo del oro que apostaban los jugadores en una pieza cercana a la del baile, llegó a los oídos de Fernando. Nunca había visto éste una partida de juego, y se figuró que la novedad del espectáculo serviría de diversión a sus penas. Un silencio profundo reinaba entre los jugadores cuando entró Fernando, pues estaba corriéndose un albur, y no había más señal de vida entre aquellos autómatas, que el pequeño movimiento de las cartas en manos del que tenía la baraja, sobre la cual todos fijaban la vista, sin pestañear.

A pesar de su estado, sintió Fernando un profundo disgusto, tuvo miedo al contemplar aquellos hombres de miradas feroces, que en si-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

lencio y con fina política procuraban devorarse unos a otros; y se hubiera retirado inmediatamente, a no haber sido por la invitación que con la vista le hizo uno de los talladores, señalándole un asiento vacío. Fernando miraba atónito aquellas fisonomías en que se retrataban las más fuertes pasiones; sentía una verdadera repulsión ante aquellas caras lívidas, huesosas, de miradas torvas y amenazadoras; instintivamente conocía que había un gran peligro en contemplar aquellos semblantes encendidos, de ojos brillantes, alelados, como si un mal espíritu los tuviese absortos por una magia irresistible. El asiento permanecía vacío y Fernando de pie junto a él, cuando distinguió en el lado opuesto de la mesa al comandante Montemar que empezaba a tallar, y que le dirigía una mirada de insultante desprecio, por la que se sintió como clavado en aquel lugar.

Luego que se anunció el albur, tomó Fernando cierta afición por una de las cartas, y siguió atentamente el cambio de las que iban corriendo, hasta que distinguió con cierta satisfacción la llegada de la que había elegido. Repetido esto mismo por tres veces seguidas, Fernando se persuadió de su buena suerte.

El aire que se respira al derredor de una mesa de juego es contagioso; nunca se deja llevar el espíritu tan fácilmente de puerilidades y de falsas ideas como cuando se abandona al azar, cual si fuese un oráculo de cuyas respuestas espera la felicidad o la desgracia. Fernando, por sólo el motivo de haber sido desgraciado en sus amores aquella tarde, se convenció después de atinar tres albures de que la fortuna estaba dispuesta a indemnizarle. Sacó, pues, cuanto oro tenía en los bolsillos y lo apostó con tal seguridad, que aún antes de correrse el albur calculaba apostar al siguiente la cantidad duplicada, y se difundía como buen matemático en los cálculos de su crecida ganancia. La suerte no quiso favorecer aquel delirio, porque apenas descubrió Montemar la baraja, vio Fernando sin poder creerlo, la carta contraria en la puerta. Los gurupiés recogieron el dinero de la carta que había perdido y pagaron a los que apostaron a la otra; barajó nuevamente Montemar, dio a *alzar*[19] y apareció nuevo albur. En aquel momento Fernando sintió una necesidad irresistible de rescatar su dinero perdido, buscó con impaciencia algún oro en los bolsillos para apostarlo, pero nada encontró, ni un doblón con que satisfacer aquella necesidad implacable, porque en su concepto le esperaba una gran fortuna.

[19] Cortar la baraja.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

¡Que desgracia!, decía para sí, ¡que haya apostado todo mi dinero en el primer albur! ¡Un escudito bastaría para desquitarme y ganar! El nuevo albur se corrió y vino la carta a que Fernando habría apostado cuanto dinero hubiera tenido, por lo que involuntariamente cerró los puños, apretó los dientes y contrajo los labios, de un modo tal que el sagaz director de la partida que ya había visto la rebusca que por varias veces había emprendido, conoció que había caído entre aquellos buitres un pichón fácil de desplumar. Se sonrió de un modo satánico el tahúr, habló con uno que estaba a su lado señalando con los ojos a Fernando, preguntando seguramente lo que éste valía, e hizo que se le pusieran delante algunas columnas de onzas de oro. En aquel momento se oyó la voz grave de Montemar, un tanto ahuecada para desempeñar el oficio, anunciando el albur.

—¡As!… ¡Rey!

Casualmente era este el mismo albur con que Fernando había perdido yendo al as, por lo que creyó que no era fácil se negase segunda vez, y puso a esta misma carta todo el dinero que le habían prestado aun sin contarlo.

—¡Oro! ¡Copa!, dijo el tahúr; inmediatamente añadió: Rey en puerta viejo. Había venido como en la primera vez un rey de oros.

Henkel vio delante de sí nuevas columnas de onzas, y continuó jugando con poca suerte, principalmente cuando apostaba contra el rey, pues casi siempre venía el de oros. Al cabo de media hora en que por cinco o seis veces le habían refaccionado las columnas de oro que perdía, y no teniendo ya nada enfrente, se le acercó muy políticamente el director y le dijo al oído:

—Señor Henkel, es costumbre que las personas que reciben caja digan antes la cantidad que pueden perder, para que en caso de mala suerte no sea muy considerable la pérdida.

El maquinista conoció que era un aviso de que ya no le darían más, y apenas se atrevió a preguntar, todo cortado:

—¿Cuánto debo?

—Mil onzas.

—¡Mil onzas! ¡Diez y seis mil pesos!, exclamó Fernando y abrió tamaños ojos, como el que despierta de una pesadilla procurando asegurarse de que no es cierto lo que ha soñado.

La enorme pérdida del señor Henkel se había divulgado entre los que estaban bailando. Rosita empezaba una contradanza, cuando una voz aguda y desagradable dijo para ser oída por la joven:

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—El señor Henkel ha sido muy desgraciado en este día, todos sabemos lo que pasó en la tarde, y en este momento acaba de perder la pequeña suma de dieciséis mil pesos, y más hubiera perdido si hubiera tenido quien le fiara.

—¡Pobre!, dijo otra voz igualmente chillona, se ha arruinado ese caballero; ni con todas sus máquinas podrá cubrir tal cantidad.

Rosita y Clara salieron inmediatamente del baile, sin haber vuelto a entrar en toda la noche. En la puerta del salón se encontraron con un hombre que tropezó bruscamente con ellas, sin conocerlas; era Fernando Henkel, que como un insensato huía de aquella casa de maldición.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

7. UNA CHOZA

Cuando se extiende el oscuro manto de la noche sobre los pobres techos de una aldea que se tiene a la vista, y cesa de agitar el viento las sonoras hojas de los árboles, la calma imponente de la naturaleza apenas interrumpida por el zumbido de los insectos que se ocultan entre las ramas, parece reconvenir al viajero de turbar aquel majestuoso silencio, aquellas horas de recogimiento y meditación. En esos momentos el alma se eleva más fácilmente sobre los objetos que nos rodean, las más favoritas ilusiones se alejan, los deseos dejan de oprimir el corazón, los más fuertes dolores se suavizan, lloramos conmovidos de una tristeza plácida, y es que en medio de la oscuridad sentimos más profundamente la presencia de Dios.

¡Qué panorama tan delicioso ofrecen entonces nuestros pequeños pueblos con sus lucecitas repartidas de trecho en trecho, con sus sombras caprichosas y gigantescas, que desaparecen cuando nos acercamos, las casas agrupadas con sus techos formados en declive, dentro de las cuales encienden las mujeres pobres el *comal*, y cuecen las olorosas, suaves y delgadas tortillas de maíz con que los jornaleros hacen su corta colación!

¡Qué solemnidad tiene entonces el repentino, compasado y monótono son de la plegaria que convida a rezar por los muertos, y que recuerda a cada familia la pérdida de algún objeto querido! Esos tonos son la voz de la eternidad que nos consuela sobre las miserias de nuestra existencia, son el anuncio de otra vida de verdad y de justicia, en que se repararán ampliamente los terribles sufrimientos, y las iniquidades de que es casi constantemente víctima la inmensa mayoría de la especie humana…

Fernando, después de haber caminado sin tino y sin reflexión como dos horas, desde que salió de la casa que tan funesta le había sido, despertando como de un sueño por efecto de la fatiga, percibió el eco lejano y prolongado de una campana.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Ya estoy cerca de México, dijo en voz baja. No necesitará Gregorio traerme los caballos en la madrugada como le había dicho. Tendré tiempo de arreglar mis cosas en la noche, y mañana a las siete iré a Chapultepec. No me defenderé, haré que me mate Montemar; ¿para qué quiero la vida?

Notando luego que el camino se hacía por momentos más difícil, y que a cada paso se veía detenido por un matorral o por un peñasco, exclamó:

—¿Pero qué camino es éste? De San Ángel a México no hay tanta arena como la que acabo de atravesar, ni esta subida que llevo tan fatigosa: ¡si me habré extraviado!

Deseando orientarse, se detuvo algunos instantes, a la vez que daban las últimas campanadas de la plegaria en un pueblo vecino.

—Vamos allí, dijo, no faltará quien después quiera guiarme; y dirigió sus pasos al lugar indicado por el eco de las campanas.

Fatigado por una subida continuada, se sentó sobre una peña: la luna que al principio de la noche había alumbrado débilmente, se cubrió de nubes, y dejó al viajero en una oscuridad casi completa.

—Pasaré aquí la noche, dijo para sí Fernando; luego buscando un árbol con la vista, añadió con voz ronca y congojosa: ¡nada se distingue!, y volvió a sentarse. En este momento un espantoso trueno que pareció recorrer el cielo de oriente a poniente, vino a anunciar la proximidad de una tormenta.

—¿Qué haré yo?, dijo con voz temblorosa por la emoción y por el frío cortante que en aquellos momentos sentía; ¡parece que el cielo y la tierra me persiguen! Y su razón comenzó entonces a debilitarse, ¿por qué Dios me mira con odio?, se preguntó a sí mismo.

El relámpago alumbró en aquel momento una grande extensión, y Fernando creyó notar que estaba muy cerca de la cima de la montaña que había trepado: hizo un esfuerzo, y llegó efectivamente a dominar aquella altura. ¡Cuál fue su satisfacción al distinguir en lontananza, en una hondonada que seguía por la falda de la montaña en que se hallaba, varias luces que reverberaban entre los árboles y que iban a servirle de faro! ¡Gracias, Dios mío!, exclamó hincando en el suelo las rodillas en la actitud más suplicante, ¿qué obligación tienes, oh, Señor, de salvarme, para que yo me quejara de lo que me parecía abandono, de lo que me he atrevido a llamar persecución, en los momentos mismos en que me deparas un auxilio?

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Algo tranquilo se levantó, procuró darse calor restregándose las manos, y buscando en seguida algún objeto que pudiese servirle como de bastón, arrancó unas ramas gruesas de jara, y apoyándose en ellas para reconocer su camino, se dirigió hacia el pueblo que tenía delante.

Como había extraviado el sendero, y la oscuridad era grande, avanzaba muy poco, teniendo algunas veces que retroceder para no caer en un precipicio, y entre tanto las luces bienhechoras iban apagándose sucesivamente hasta no quedar más que una, hacia la cual se dirigió resueltamente Fernando, haciendo el último esfuerzo, temeroso de que llegase a extinguirse y deseando librarse del aguacero, que estaba muy próximo.

Gruesas gotas empezaban a caer cuando Fernando llegó a la choza de donde salía la última luz que le había servido de guía: había caminado como tres leguas desde su salida de San Ángel, siguiendo primero la calle que viene para México, cortando después a la derecha por lo que llaman "El Altillo", y atravesando la calle recta que va para Coyoacán hasta tomar el camino de Tlalpam. Desviándose después un poco llegó a la garita que llaman de Santa Úrsula, donde antes cobraban un peaje y que ahora se halla abandonada, distante como media legua de Tlalpam; avanzó en seguida por en medio del arenal que sigue a la garita, siendo muy afortunado en no haberse acercado al pedregal que se halla a la derecha de la ruta que siguió, porque una vez entrado en él, habría indudablemente perecido. Después de haber subido las elevadas colinas de que ya hicimos mención, y bajando la hondonada que se le presentó en seguida, llegó al pequeño pueblo de San Miguel Xicalco, compuesto de indígenas mexicanos, los más miserables, rudos o idólatras que puedan encontrarse, y esto a la distancia de cinco o seis leguas de la capital. Como era domingo, habían vuelto casi todos borrachos de Xochimilco y de San Agustín de las Cuevas, y se habían dormido sin que velase ninguno por el pueblo. El profundo silencio en que se hallaba fue apenas interrumpido cuando Fernando llegó a la choza, por el débil ladrido de algunos perros escuálidos de otras casitas vecinas que habían sentido su llegada.

Tenía la choza de que hablamos la apariencia más miserable. Un pequeño patio defendido en otro tiempo por una cerca de ramas de mimbre que entonces se hallaba derribada, tenía a los lados unos arbolitos desmedrados de zapote blanco y durazno, y era el que daba entrada a la única pieza de habitación. Allí no había perros, cosa rara en la casa de un indio; se habían trasladado a otra parte, o se habían

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

muerto de hambre. Detrás de la cabaña, una corta extensión de terreno mal cultivado, en que apenas se podría distinguir de día un maíz amarillento, diminuto, entre la multitud de yerbas que habían crecido, daba señales claras de abandono y desolación. La sola pieza habitable, hecha de ramaje cubierto de lodo, estaba techada con zacatón; en frente de la puerta se miraba el *tlecuile*[20] y sobre una de sus piedras, pequeñas rajas de ocote encendido que despedían muy lejos una viva claridad. En el fondo de la pieza se hallaba una india anciana, flaca, iluminada por aquella luz, reducida al parecer, a un completo anonadamiento. No habiendo notado ella la presencia de Fernando, éste habló primero.

—¡Señora! ¡Señora! Buenas noches.

La anciana levantó con trabajo sus ojos espantados, hundidos y con ese brillo particular de los calenturientos, pero no pudo distinguir a Fernando, porque se lo impedía la misma luz que tenía enfrente.

—Señora, me he extraviado, no sé donde estoy.

La india murmuró finas palabras en mexicano, y arrastrándose fue a esconderse en uno de los rincones de la pieza. Sus enaguas,[21] hechas jirones, no eran capaces a cubrir sus largas y descarnadas piernas; su cabeza, blanca y alborotada, dejando ver entre las canas un *tochomitl*[22] verde, y su estatura desmedida podrían hacer que pasara por un fantasma. Para abrigar la parte superior de su cuerpo, no tenía camisa, ni *quechquemitl*,[23] sino un pachón, especie de capote de palma con que las gentes pobres del campo se defienden de los aguaceros.

Fernando reflexionó que su aparición en hora tan avanzada, pues pasaba de la media noche, podía considerarse sobrenatural por aquella miserable criatura; y recordando que hay pueblos tan atrasados, en que apenas una o dos personas entienden el castellano, habló en mexicano, que era su idioma nativo, en el que no había dejado de ejercitarse, muy diferente de otros muchos indios, que teniendo a menos hablar su natural idioma procuran olvidarlo, como si con esto pudieran qui-

[20] *Tlecuile*, *tetle* en mexicano significa lumbre, y *cuile* bracero; se compone de tres piedras puestas en el suelo, a cada una de las cuales llaman *tenamaxtli*, de donde seguramente sacaron los españoles la palabra *tenamastles*, para denotar con especialidad las piedras del fogón. [Nota del autor.]

[21] *Cuetli* en mexicano. [Nota del autor.]

[22] Tochomite. Especie de estambre de lana de colores con que las indias se adornan el tocado, cubriéndose la cabeza (Santamaría).

[23] Quisquemil. De *quetl*: camisa. Cierta pieza indígena del vestido de las mujeres, a modo de capotito con abertura para la cabeza, y cuyas faldas cubren los hombros y la espalda (Santamaría).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

tarse toda la obligación y semejanza con las infelices razas indígenas de que descendemos más o menos directamente casi todos los mexicanos actuales.

La india, asegurada un tanto al oírle, aunque sin dejar su rincón, le respondió a Fernando, que le pidió hospitalidad por aquella noche, con esa delicadeza del idioma mexicano aun en boca de los más rudos.

—Pasa, señor, esta casita es tuya; pero ten cuidado, no te alcance la desgracia que reina en ella. Mi primer hijo ha muerto, el otro mírale en esa cama; y señaló con su descarnada mano hacia uno de los rincones de la choza. Mi esposo expirará muy pronto, sin que pueda yo socorrerle. Soy una mendiganta, que durante el día voy a las puertas de los ricos, de noche lloro mi desgracia. Pasa, señor, quizá te enviará nuestro Padre el del cielo, para que cuando me mires recoger como una hormiga las migajitas de tu mesa no pongas tu pie sobre mí.

Fernando extendió la vista, miró con espanto los dos lechos en que padre e hijo morían sin auxilio ninguno, en el más completo abandono.

Siéntate, señor, añadió la india, sobre ese tronco de árbol; indicando un *zoquete*[24] que había por el suelo.

Fernando se sentó. La india se acercó con trabajo al *tlecuile*[25] para avivar la luz que iba menguando, buscó en derredor alguna otra rama de ocote, pero en vano; todas se habían ya consumido. Un ronco estertor que salía del lado en que estaba el anciano enfermo anunciaba la proximidad de su muerte. La india afectada también muy gravemente de la fiebre, fijaba sus tristes ojos en la cama de su marido y en la de su hijo; alternativamente, se apretaba las manos y miraba a Fernando, a quien daba pavor aquel cuadro horroroso. El aguacero vino a aumentar considerablemente el frío que ya se sentía, y la india, por efecto de su enfermedad comenzó a cernerse[26] dolorosamente; se llevó las manos a su frente abrasada, procurando comprimir las sienes, y conociendo su gravedad, dijo, hablándole a Fernando:

—Hace tres días que no puedo salir a pedir limosna; siete días ha que tengo la fiebre; ¡me abraso! ¡Me abraso! ¡Me muero! En aquel momento se extinguió la luz del ocote y la india empezó a delirar.

[24] Se trata de un pedazo de madera corto y grueso, que queda sobrante al labrar o utilizar un madero.

[25] Aztequismo: hogar, brasero, hornilla (Santamaría).

[26] Atalayar, observar, examinar. Depurar, afinar los pensamientos y las acciones. Llorar suave y menudo.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Difícil sería referir todos los pensamientos, todas las penosas sensaciones que asaltaban en tan terrible momento a Fernando. Aquella familia que se hundía a su vista en la tumba, era una rama seca del mismo tronco de que él era un vástago. Aquellos indios eran sus hermanos, acaso el anciano era su padre, cuya agonía había venido a presenciar guiado por la Providencia. ¿Qué había hecho en favor de aquella raza degradada por una sociedad injusta? ¿Cuáles eran los esfuerzos que había emprendido, por pequeños que fuesen, en bien de esos infelices mexicanos para quienes el furor de la conquista ha durado más de trescientos años? ¡Él, Fernando, había recibido educación y continuados beneficios de un artesano extranjero, olvidándose de la ignorancia, de la miseria, de la abyección en que han quedado sus hermanos!

Las mismas reflexiones podemos hacer a todos los que entre nosotros se llaman progresistas. ¿Qué han hecho prácticamente en favor de los cinco millones de indios que tenemos? ¿Cómo es posible hacer benéfica, deseable y duradera la libertad en un pueblo que carece de toda instrucción, que se halla agobiado por las necesidades más apremiantes, y que sólo conoce a los que han gobernado desde la Independencia acá, por las levas que los llevan a morir miserablemente en contiendas que no les importan, o por las extorsiones que les hacen sufrir los peajeros, los alcabaleros y la casi totalidad de los curas, que tan despiadadamente les exigen los llamados derechos de estola[27] y las obvenciones parroquiales?[28]

El espantoso cuadro que Fernando tenía a la vista no es por desgracia el único, pues se sabe que la fiebre entra a las miserables chozas de los indios y extingue las familias.

—Pero si la sociedad es una cruel madrastra para mis hermanos, se decía a sí mismo Fernando, ¿por qué me he olvidado yo de ellos? ¿A quién debo yo el ser? ¡Acaso, exclamó levantándose, estos seres desgraciados y privados de todo socorro son mis padres! ¡Ah, Dios me castiga en un solo día, del modo más horrible! Estos ancianos son mis padres, sí, el corazón me lo dice, ¡y no tengo ni luz para verlos, en su última agonía! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

En aquel momento una completa obscuridad reinaba en la choza; el moribundo anciano dio el último suspiro, a tiempo que Fernando,

[27] Esto es, cantidad que se satisface al erario o fábrica de una parroquia, colegiata, catedral, etc.

[28] Utilidad, fija o eventual, además del sueldo que se disfruta.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

agobiado por tan repetidos golpes morales, había caído al suelo sin conocimiento. Un perro aullaba dolorosamente junto a la cerca derribada, y la tempestad, en su mayor grado de violencia, abatía hasta el suelo los arbolitos de la entrada.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

8. EL PADRE DON LUIS

En medio del camino que corre desde Xochimilco hasta Tlalpam se encuentra una aldea; su iglesia colocada en una eminencia se distingue desde lejos rodeada de olivos; conducen a ella ásperas calzadas de piedra sombreadas casi en toda su extensión del tristísimo árbol del Perú. La vegetación es ingrata porque el terreno es en su mayor parte pedregoso o arenisco.

Algunos jacales[29] distribuidos sin orden, una pequeña tienda, y la casa del alcalde componen esta población que lleva el nombre de Tepepam;[30] la casa del vicario es de dos pisos, se halla contigua a la iglesia, y aunque algo arruinada, y sin ningún adorno moderno, no guarda proporción con el aspecto miserable del pueblo; las piezas principales tienen ventanas y caen al cementerio, así como una azotehuela, desde la cual pueden disfrutarse las más hermosas vistas del valle de México: el resto se compone de varios cuartos en forma de celdas de convento, lo que indica que en un principio sirvió de monasterio, y que este lugar ahora tan insignificante fue en otro tiempo de alguna importancia.

Cuando hay algún sacerdote bastante pobre y desgraciado, afecto a su ministerio, que se reduce a subsistir con los módicos productos de aquella vicaría, aislado de toda sociedad, y sin más consuelo que la religión, entonces se ve animarse aquel pequeño rebaño con la presencia de su pastor, a quien los indígenas, no pudiendo darle en abundancia otra cosa, le destinan cuatro mozos con el nombre de semaneros.

Costumbre es esta generalizada aun en los curatos más ricos, que perjudica a los indígenas, a quienes priva del fruto de su trabajo en toda una semana, sin que sea voluntario el servicio, pues los fiscales de los pueblos decretan por sí mismos graves penas a los renuentes.

[29] *Xacali* en mexicano, casa de zacate. [Nota del autor.]
[30] Tepepam significa sobre el cerro. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Algunos de los pueblos sujetos a la vicaría de que hablamos se hallaban apestados: el vicario, con un celo verdaderamente apostólico, los visitaba diariamente; llevaba a las familias hambrientas alimento, a los enfermos medicinas y al pecador la salvación; aparecía como el ángel de Dios entre aquellos desolados pueblos que lo adoraban como a una providencia.

No obstante sus infatigables trabajos, la fiebre hacía progresos inauditos, cegando familias enteras, y la tierra, que había recibido poco a poco en su seno las generaciones pasadas, parecía abrirse para recibir de una vez a todos los indios vivientes. En esta ocasión el oscuro vicario no había hecho, como luego se dice, *su agosto*, no había recibido un solo real por enterrar a los apestados. Tenía un justo y santo horror al acto bárbaro de arrancar de la boca de una familia huérfana su miserable pan para pagarse los derechos parroquiales. Verdadero sacerdote de Cristo, en cada huérfano veía un hermano, y por esto no se desdeñaba de pedir limosnas a los ricos para socorrer a los pobres, por ser nulos verdaderamente los emolumentos de su vicaría. Al principio, los hacendados a quienes se dirigió le remitieron algunas frazadas y semillas en corta cantidad; después le contestaban sus pedidos alegando disculpas frívolas, diciéndole que el año iba mal, que sus gastos eran muy crecidos; después no contestaban sus esquelas, porque eran ya importunas.

En efecto, después de que un rico da alguna friolera, y esto en la suposición más favorable, para auxiliar a un pueblo de donde saca sus gañanes,[31] ¿qué otra cosa tiene que hacer sino dejarlos morir miserablemente?

Al fin gente no falta; ¿quién va a cargarse con el cuidado de todos los que necesitan pan en una población? Las suertes están echadas; a unos les tocó trabajar todo el día y comer muy escasamente, apenas lo indispensable para poder seguir trabajando; a otros sin fatigarse, sin salir al sol, sin pena alguna, haciendo constantemente para darse importancia un gesto de desdén, cual corresponde a grandes señores, les tocó toda clase de comodidades. Si a éstos les pregunta en alguna ocasión el Todopoderoso, ¿dónde están tus hermanos, ésos que se consumen en la miseria y en el abandono?, responderán como Caín: "No sabemos; ¿estamos acaso encargados de cuidarlos?…"[32]

[31] Mozo de labranza. Hombre fuerte y rudo.

[32] "Génesis", capítulo 4, verso 9. *Et ait Dominus ad Cain: ¿Ubi est Abel frater tuus? Qui respodit: Nescio: "¿Num custuos fratris mei sun ego?".* [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Para las clases desheredadas de la sociedad no hay otra esperanza que el gran día de la redención, aquel en que Jesucristo en persona dirá a los que fueron poderosos en la tierra: "Tuve sed y no me disteis de beber; tuve hambre y no me disteis de comer; me visteis desnudo y me dejasteis en mi desnudez; y cuando aquellos repliquen: Señor, no te hemos visto en tales necesidades, les contestará: en los pobres y desvalidos me despreciásteis".[33]

Guiado por la santa doctrina del divino Maestro, y procurando que las obras estuvieran de acuerdo con ellas, que no fuesen una palabra vana ni mucho menos un motivo de granjería, el vicario de Tepepam ejercía constantemente con sus feligreses esa ardiente caridad que por desgracia de nuestros tiempos sólo se lee en el catecismo. Verdad es, por otra parte, que este vicario tan singular no era profundo teólogo ni consumando canonista, y que muy poco sabía de las disputas escolásticas. Desgraciadamente no podría hacer carrera, pues que para llegar a cantar descansadamente la salmodia en alguna catedral, o para alcanzar una mitra, no hay cosa como haber pasado la *vita bona* en las ciudades, disfrutando muchas capellanías y luciendo en las procesiones un bonete blanco o amarillo.

Al siguiente día de Santa Rosa, el vicario fue muy de mañana a visitar el pueblo de San Miguel Xicalco; y muy cerca de éste encontró al fiscal que venía a darle parte del estado que guardaban los enfermos.

—Tomás de Aquino, buenos días, le dijo el sacerdote, al verle llegar quitándose el sombrero, doblada la cabeza reverentemente y en ademán de querer besarle la mano:

—Señor *pagresito* buenos días te dé Dios a *osté*.

—¿Fuiste a la hacienda de…? ¿Contestaron mi carta?

—No señor *pagresito*, la *lieron* y me corrieron; que no estaba el tiempo para eso. *Pidí rempuesta*, y me *dijieron*, ya no sabe otra cosa ese cura más que *pidir*. *Pidí* otra vez la *rempuesta* y que sin ella no me *vinía* y me echaron los perros; uno me mordió mi pierna, vea *osté pagresito*.

El sacerdote vio la pierna mordida del fiscal, y levantando los ojos al cielo exclamó:

—¡Oh, Dios mío! Los poderosos recogen todos los frutos de la tierra, y cuando alguno les pide en tu nombre el más pequeño auxilio para aliviar a sus hermanos lo ahuyentan como enemigo. ¡Señor, perdónales!

—Mirando después la herida del indio, le dijo:

[33] San Mateo, capítulo 25, verso 34 y ss. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Pero no se te ha hinchado, ¿qué te has puesto?

—*Señor pagresito*, *conocemo un* yerba como *lengua de vaca*, que sana las *mordida*; *tambié el yerba del payo* es *mijor*.

—¿Qué te dijo el cura de…?

—Señor *pagresito*, cuando *lió* la carta de *somercé* me *pregontó*: ¿Cuántos mueren al día? *li* dije: Señor mi cura y *pagre*, primeramente Dios y después su persona de *osté*, porque en mi pueblo mueren tres, cuatro o cinco cada día, en los otros será lo *mesmo*. *Estonce mi* dijo riéndose, pues si quiere el vicario que les dé a *ostedes* lo de los entierros y les sobrará. *Li* dije, mi *pagre*, nada pagamos por los *entierro*, *somo* muy *probecito* y… El *estonce mi* dijo, muy *nojado*: quita *cullá* bribón, ¡siempre vienen *ostedes* con eso! ¡Ya los conozco bien! ¿Y le llevo *rempuesta dijí* yo? Dile al vicario que después no se queje, supuesto que *agora* está echando a perder la vicaría.[34]

El vicario enjugó una lágrima que involuntariamente se desprendió de sus ojos, y en voz baja repitió aquellas palabras de Jesucristo hablando de sus ministros: "Vosotros sois la sal de la tierra, y la luz del mundo, y sea vuestra luz delante de los hombres vuestras buenas obras para que glorifiquen al padre celestial".[35]

El vicario continuó su camino paso a paso, meditando profundamente, seguido del fiscal que iba a pie: a poco detuvo el caballo y volvió a preguntarle al fiscal:

—Hijo, ¿cómo están los enfermos?

—¡Ah, señor *pagresito*! *el* fiebre es tan *juerte* como el *matlazáhuatl*,[36] yo no lo vi, ésta es la mera verdad; pero…

—El vicario conociendo que la relación iba a ser larga, la interrumpió cariñosamente.

—Oye, hijo ¿cuántos enfermos hay?

[34] Hemos oído decir a algunos sacerdotes que un curato se echa a perder si el cura no exige puntualmente los derechos de estola. [Nota del autor.]

[35] San Mateo, capítulo 5, versos 13, 14, y el 16 que dice: "*Sic luceat lux vestra, coram hominibus: ut videant opera vestra bona et glorificent, qui in coelis est*". [Nota del autor.]

[36] La terrible peste conocida por el nombre de matlazáhuatl se declaraba por una calentura devoradora, y al venir un flujo de sangre a las narices morían los enfermos. Sus consecuencias fueron tremendas: las familias enteras caían, enfermas, y no tenían a veces quién las socorriese con medicinas y alimentos, y el hambre, los dolores, la desolación, era lo que las rodeaba en su lecho de muerte. Todo el país se convirtió en un hospital. Las escenas que se presentaban son más propias de referirse por el pincel del autor del cuadro del hambre en el poema "El pelayo", que para la pluma del historiador. Dos millones de habitantes, el luto en todas las familias, y gran parte de las casas, de las aldeas y ciudades vacías, son los trofeos funestos de aquella maligna peste,

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Señor *pagresito*, *tres veinte*.

—¿Y muertos?

—Nomás la tía Marta, y tío Chepe y su hijo; ¡ah! Señor *pagresito*, *ora mi* acuerdo que en la casa de la tía Marta está un señor muy decente, creo que tiene *el* fiebre.

El vicario no oyó esto último ocupado en buscar en su cartera el nombre de Marta, y no encontrando tal nombre, dijo al fiscal:

—La tía Marta no está aquí apuntada entre los enfermos; ¿qué no me has avisado de ella?

—No, *pagresito*, como son *brujo*.

—¿Quién es brujo?, dijo el vicario recelando alguna imbecilidad del fiscal.

—El tío Chepe es *nagual*, y cuando era vivo salía por el camino y detenía *el* gente; la tía Marta volaba de noche hecha bola de lumbre y chupaba la sangre de los *chiquitito*; ahora que se murió quién sabe qué perjuicio vendrán a *hacerno*.

—¡Válgame Dios!, dijo el vicario, dándose en la frente una palmada. ¿Y porque era *nagual* el tío Chepe y bruja la tía Marta, no me has dado parte?

—Sí, *pagresito*, el pueblo está muy contento de que se hayan muerto pronto, ahora ya no queda más que el otro *nagual* del cerro brujas si hay *mucha*.

—¡Silencio!, gritó el vicario con indignación; usted ha dejado morir sin auxilios a esos infelices por su tontera. Reúna usted al pueblo, voy a quitarle la vara.[37]

El indio anonadado, se agobió humildemente hasta el suelo, diciendo en mexicano a algunos vecinos que ya se habían reunido:

—¡Nunca se ha visto que a un fiscal se le quite así del puesto! ¡Yo me voy a morir de vergüenza!

Los fiscales reciben la vara del Teopixque[38] o son electos directamente por el pueblo, según la costumbre; a veces propone una terna el

y cuyos monumentos se encontraban formados de osamentas en todos los cementerios. Tuvo lugar el año de 1576, y el cólera-morbo, enfermedad que nos vino de las orillas del Ganges, tan destructora como misteriosa en nuestro siglo XIX, no sufre paralelo con el matlazáhuatl, pues éste se llevó a su paso mucho mayor número de víctimas". Cit. Marcos Arróniz, *Manual de la historia y cronología de México*. [Nota del autor.]

[37] Los fiscales de los pueblecitos de indígenas llevan una vara alta que remata con una crucecita, en señal de autoridad, la cual es muy respetada entre ellos. [Nota del autor].

[38] Cuidador de Dios, así llaman los indígenas a todos los eclesiásticos. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

pueblo y el cura elige; otras al contrario, el pueblo es el que escoge al fiscal de entre los indígenas que propone el cura; pero de cualquiera manera que sea el nombramiento, los fiscales se consagran enteramente al servicio del párroco, con la más absoluta sumisión. Ellos son los que sin apelación imponen y cobran las contribuciones para las misas, confesiones, sermones, fiestas, etcétera, los que con férrea voluntad designan a los *semaneros*, los que meten en el *cepo* y *azotan* a los indios poco inclinados al servicio del cura, y son también los que soportan el enojo de éste cuando la gallina que se le sirve no está caliente y sazonada, o cuando el alojamiento que se le prepara (gratis, por supuesto) no tiene las comodidades que esperaba. Son, en resumen, los fiscales a pesar de las leyes antiguas y de la Constitución que ha eximido a toda clase de personas de estas gratuitas prestaciones, los criados más humildes del cura, sus ministros ejecutores, y al mismo tiempo una especie de poder legislativo que, de cuando en cuando, impone contribuciones para los santos. Desempeñan todas estas funciones con tal entusiasmo, acaso para darse la importancia de que el indígena es tan ambicioso y que de otra manera no tiene, que por esto sin duda exclamaba el fiscal de Xicalco, cuando le dijo el vicario que iba a apearle de oficio, ¡yo me moriré de vergüenza!

El vicario hizo que le llevaran a la casa de la tía Marta y que convocaran a los principales del pueblo para la sacristía a fin de nombrar otro fiscal, pues deseaba que se supiese generalmente la causa, y que sirviese de corrección en lo sucesivo, ya que no podía hacerse otra cosa mejor.

Nada más tétrico que el cuadro que se presentó a la vista del vicario cuando entró a la casita: la tía Marta había dado el último suspiro envuelta en su pachón, tendida cerca de la cama de su marido, como una masa informe que nada tenía de humano; el tío Chepe había arrojado lejos de sí, con las últimas convulsiones, la pobre cobija, quedando casi desnudo, con los ojos saltados, erizado el pelo, crispados los miembros. En otro rincón de la choza, el hijo, vivo aún, luchando con la muerte. Fernando de bruces en el suelo, la faz amoratada, con una respiración fatigosa, arrojando espuma por la boca, y sin otro movimiento.

—¿Quién es ese hombre?, preguntó el vicario al ver a Fernando, ¿qué ha venido a hacer aquí?

Ninguno de los circunstantes que habían ocurrido a la novedad respondió.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—¡Pero ese hombre está ahogándose!, dijo al observar el color de la cara, e inmediatamente le quitó la corbata y otro para que le ayudara a incorporarlo. El paciente dio un gran suspiro, abrió desmesuradamente los ojos, paseándolos en derredor de sí, volvió a cerrarlos, habló muy de prisa mil cosas incoherentes y dejó caer a plomo la cabeza.

El vicario le tomó el pulso, mandó que le quitaran el fraque, sacó un cortapluma de la bolsa, hizo que le descubrieran un brazo remangando la camisa, buscó la vena que creyó más conveniente abrió en ella una buena cisura, y brotó inmediatamente la sangre, la que dejó correr con abundancia. Cuando observó que el color amoratado de la cara desaparecía, y que en derredor de las órbitas de los ojos se pintaban unas sombras azules, hizo tiras la mascada de Fernando y con ellas le vendó el brazo lo mejor que pudo; encargó a uno de los curiosos que fuese a traer unas frazadas de las que repartía el fiscal, y que las distribuyese entre Fernando y el hijo de tía Marta. En cuanto a éste, dijo, hay sólo que esperar que haga crisis la fiebre.

—Ven tú conmigo, lo dijo a otro indio, le harás beber al hijo de tía Marta en agua tibia lo que te voy a dar. No te alejes de aquí, yo te pago tu día; llama a tu mujer para que te ayude a cuidarlo. Si sana yo te buscaré un acomodo en México, en que pasarás buena vida.

Luego dirigiéndose al que tenía a Fernando.

—Que esté siempre con la cabeza levantada; si despierta, dile que no tenga cuidado. Vuelvo pronto.

El vicario se fue para la sacristía en donde había ya algunos ancianos; se hizo nuevo nombramiento de fiscal, encargó que llamasen a misa, y subiendo al púlpito después del Evangelio, explicó al pueblo cuál era la mala acción que había cometido el fiscal, por cuyo motivo se le había quitado la vara, y aprovechó la ocasión para enseñar a los presentes que no hay brujas ni naguales.

Concluida la misa se formó en el cementerio un gran grupo de hombres que disputaban a su modo sobre lo que había dicho el padre; el más anciano de entre ellos, cuando vio que la disputa se acaloraba, tomó la palabra y dijo a los demás en mexicano:

—Es gana disputar y vámonos a nuestro trabajo, que ya es tarde: yo siempre he de creer en el padre don Luis, porque nunca miente; no es como esos curas que dicen una cosa y hacen otra.

—Tiene razón el tío Juanillo, dijeron muchas voces a un tiempo, el padre don Luis nunca engaña, y eso de naguales y brujas ha de ser como él dice, cuentos para espantar muchachos.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

9. EL PADRE DON LUIS
(CONTINUACIÓN)

Era este sacerdote un dechado de belleza varonil; sus ojos azules, límpidos, con una expresión casi constante de dulzura, de bondad y aun de candor; su frente despejada y prominente; su pelo rubio; la nariz recta; la boca pequeña; los labios delgados; el cutis de la cara blanco, suave, sonrosado, sin pelo alguno de barba, por la costumbre que tienen los padres de estar rasurados. Espigado, nervudo, con un talle como de niña. Si no fuera tan vulgar la comparación, diríamos que reunía las perfecciones del Apolo de Belvedere que está en nuestra academia de San Carlos; pero a decir verdad, preferimos que nuestros lectores consideren al pobre vicario por el lado moral, y que piensen que ninguna voz humana podría decir con mayor unción que la suya, aquellas consoladoras palabras del Evangelio: "Bienaventurados los pobres porque será de ellos el reino de Dios".[39]

Vivía el padre don Luis con un muchacho indígena a quien enseñaba a leer, a escribir y a guisar para los dos. Martín, que así se llamaba el *fámulo*, era de una horrible cara a causa del daño que en ella habían hecho las viruelas, pero en cambio, tenía un excelente corazón, buenas facultades mentales, y deseo de aprender, de manera que servía admirablemente en cuanto le encomendaba el vicario.

—¡Martín!, gritó éste al volver de en visita, del pueblo de Xicalco.

—Padrino, mande usted; respondió aquél, presentándose luego en la puerta.

—Sube en mi caballo, anda inmediatamente a San Agustín y dile a don Rafael Torreblanca, el facultativo, que se venga contigo, que importa mucho.

Martín se apresuró a cumplir lo que se le ordenaba, aunque no sin curiosear antes qué era lo que llevaban unos indios en un *ta-*

[39] San Lucas, capítulo 6, verso 20. "*Beati pauperes quia vestrum est regnum Dei*". No dice los pobres de espíritu; simplemente *pauperes* los *pobres*. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

pextle[40] cubierto con unas sábanas, subiendo por la escalera del curato.

Será algún enfermo, dijo para sí al oír un quejido, y montó en el caballo.

Efectivamente, era Fernando a quien conducían, y que con el mayor cuidado fue puesto en la cama única que había en el aposento del vicario.

—¿Quiere usted dormir, dijo éste al enfermo, prefiere que le tengan sentado?

—Sentado; contestó el paciente con voz débil, pero yo me tendré, me siento mucho mejor.

Le pusieron una almohada en la espalda para que se recargase sobre la pared, pues la cama del vicario no tenía cabecera, y mandó éste que sólo se quedase un *semanero* al lado del enfermo.

El vicario pasó a la sala y empezó a rezar su oficio divino ínterin que llegaba el facultativo. Esta pieza, como lo hemos ya indicado, tenía una ventana que caía al cementerio, y además una puerta que conducía a la azotehuela. La fuerza del sol que penetraba por la ventana se mitigaba, en parte, merced a la espesa sombra de los olivos, cuyas ramas llegaban hasta ella, recargando algunas sobre los vidrios un racimo de verdes aceitunas. El ajuar se reducía a unas sillas de madera corriente con asientos de *tule*, una mesa cubierta con balleta verde, encima de la cual se hallaban los útiles que servían para escribir las partidas de bautismo casamiento y entierros, y un viejo reloj que con gran solemnidad y ruido marcaba las oscilaciones del péndulo y hacía mover alternativamente para uno y otro lado los ojos de una cara de sol que estaba arriba de la muestra.

De repente fue interrumpido el fervoroso sacerdote por un golpecito dado a la puerta. Era el facultativo quien llamaba. Después de saludarse mutuamente el vicario y el doctor, dijo aquél:

—Usted disimulará que a esta hora (en tal momento el viejo reloj daba las doce, formando un gran repiqueteo de muchas campanitas) le haya mandado molestar, pero así lo ha exigido la gravedad de un enfermo que tengo aquí hospedado.

—Muy bien hecho, señor cura; muy bien hecho, respondió el facultativo.

[40] *Tapechli* llaman los indígenas a las camillas provisionales que se hacen para conducir a los enfermos. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

El vicario le refirió todo lo que había hecho con Fernando en virtud de las lecciones que el mismo doctor le había dado para contener una apoplegía fulminante, y pasaron a ver al enfermo.

Éste se había acostado, tenía el semblante algo encendido y desvariaba hablando con una velocidad pasmosa.

—¡Maldito rey de oros!, decía en voz baja, ¡siempre rey de oros! ¡Ah, cuánto, cuánto! es una procesión de reyes de oros…

El facultativo tomó el pulso al enfermo y estuvo observándole un largo rato.

—El ataque no es de apoplegía, señor cura.

—¿No? ¿Pues qué tiene, señor doctor?

—Epilepsia.

—¡Quiere decir que he hecho mal en sangrarle!

—Si me hubieran consultado antes no habría opinado por la sangría; sin embargo, parece que no ha probado mal. ¿Aquí le dio el ataque?

—No señor, en Xicalco, quién sabe desde qué hora de la noche; yo lo he encontrado en la madrugada de hoy en una choza.

—¿Y ha soportado el camino sin que le repita el ataque?

—Sí señor, y después de la sangría que le di ha estado muy tranquilo, volvió a su acuerdo, y ha hablado diciendo que se sentía mejor. Yo creía que lo que le había atacado era apoplegía, y aun me felicitaba de haber acertado.

—Y tiene usted para ello mucha razón, nadie habría indicado la extracción de sangre, y sin embargo puede asegurarse que ha salvado usted a su enfermo, al menos en el primer ataque, que debe haber sido muy fuerte. Tales son a veces las oscuridades de la ciencia.

En aquel momento dio Fernando un agudo grito.

—¡Ah! ¡Rosa, Rosita!, y luego en voz baja añadió, repitiéndolo varias veces y siempre muy de prisa: ¡Va también en la procesión! ¡Una rosa es como un rey de oros! y a pocos instantes gritó con voz terrible:

—¡Mis armas! ¡Mis armas!, y extendiendo el enfermo los brazos y haciendo chorrear de nuevo la sangre por sobre la venda, sentándose muy bruscamente: ¿No ven ustedes a Montemar? ¡Hipócrita, me la pagarás! Y forcejeaba para pararse.

—Si no entra en calma vamos mal señor cura.

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos?, preguntó éste con visible congoja.

—Háblele usted mientras le vendo el brazo.

El vicario había leído en el reloj de Fernando su nombre.

—¡Señor Henkel! ¡Señor Henkel! ¡Fernando!

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—¿Quién me habla?, dijo éste con torvo ceño.

—Yo.

—¿Quién eres tú?

—Tu hermano, dijo el sacerdote con suma dulzura.

—¿Eres tú mi hermano?, contestó el enfermo cambiando súbitamente la expresión de su rostro. ¿Conqué no soy solo en el mundo? ¡Ah! ¿Por qué habías tardado tanto en venir? He sufrido mucho, y al decir esto abrazaba la hermosa cabeza del sacerdote, sollozando al principio y después llorando.

Había tanto dolor en estas sencillas palabras y se hallaban tan conmovidos los circunstantes, que el vicario lloró también abrazando al enfermo, y el doctor tuvo que sacar su pañuelo sonándose repetidas veces.

—La crisis ha sido favorable, indicó este último, después de un corto rato: dígale usted que se acueste, señor cura.

—Acuéstate, Fernando, le dijo suavemente el vicario, separándose de él.

—¿Qué vas a dejarme tan pronto? No te vayas, tengo miedo. Esta mañana vi a mi padre y a mi madre, muy enojados, dicen que los he abandonado. ¿Es verdad qué no tengo la culpa?

—Ya se ve que no la tienes; pero óyeme, no quiero que te entristezcas, ni que te enojes; si vuelves a hacer esas violencias de hace poco, me voy.

—¿Pues qué quieres que haga?, dijo humildemente el enfermo, fijando la vista en el sacerdote.

Éste, variándole el rostro con una mirada magnética, le dijo:

—Quiero que te acuestes y que te duermas.

El paciente obedeció sin tardanza, y a pocos momentos una sonora respiración, tranquila y compasada dio a conocer que descansaba. El médico y el vicario dejaron aquella recámara andando de puntitas, y volvieron a la sala en donde aquél se puso al recetar. Explicó después de qué modo debían aplicarse los remedios que mandaba traer, y tomando su sombrero añadió.

—Nada tengo que recomendar a una persona que desde esta mañana ha salvado a su enfermo, en quien tiene tanto poder. Yo espero que con dos o tres horas de reposo, ya no habrá otro ataque; pero si éste volviese, cualquiera que sea la hora, me hará usted favor señor cura de mandarme llamar.

—El favor es para mí, señor Torreblanca, contestó el vicario, alargando su mano para deslizar unas monedas en la del facultativo; pero éste, que lo advirtió, repuso separando su mano de la del padre:

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—No, señor cura, cuando usted da en todas estas cercanías el ejemplo de una caridad tan ferviente, que recuerda los olvidados tiempos de los primeros días del cristianismo, ¿quiere usted que yo sea mercenario?

Algo mortificada la natural modestia del sacerdote replicó:

—Pero al fin usted vive de su profesión, tiene usted familia y…

—Gano con los ricos mucho más de lo que necesito. Estoy seguro de que ese dinero que quiere usted darme es el único que tiene en casa.

El sacerdote con un rubor que no podía evitar, porque era cierto lo que le decía el facultativo, contestó:

—Pero así le cierra usted a uno la puerta… y como por desgracia tengo ahora tantos enfermos.

—No importa, los veremos a todos.

—¿Pero cómo señor? perdería usted como el otro día lo menos una mañana; yo me contento con que me dé usted sus instrucciones como otras veces. Ahora precisamente tengo algunos de mucha gravedad…

—¿Allá en la montaña donde estuvimos días pasados?

El vicario hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, iremos a verlos a todos, y le dejaré a usted nuevos métodos. ¿A qué hora sale usted?

—A las cinco de la mañana.

—Pues a esa hora me tendrá usted en la puerta del curato.

—Dios le pagará a usted.

El médico hizo ademán de buscar el sombrero.

—¿A dónde va usted con tal calor? Comeremos.

Sentiría ser molesto, señor cura, usted vive solo y…

—Permítame usted que le pregunte al muchacho lo que tenemos de comer, para que usted obre con franqueza.

—¡Martín!, gritó en la puerta de la sala el vicario, y a poco se presentó el criado.

—¿Qué tenemos para comer?

—Cabrito asado; ¿no recuerda usted que ayer trajeron uno de primicia? Fuera de esto la esposa del alcalde ha mandado varios platones, como es la madrina del casamiento que se verificó hoy a las cuatro de la mañana…

—Está usted de fortuna, doctor, dijo en tono de chanza el vicario.

—Ciertamente, replicó éste, y la mayor es comer con tan respetable persona.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

10. CONFIDENCIAS

Seis días habían pasado desde la primera visita del doctor, y Fernando, gracias a la destreza de éste y a los incesantes cuidados del padre don Luis, se hallaba restablecido de su enfermedad física, no así de la moral. El porvenir que se le anunciaba era de lo más sombrío y aterrador. Arruinado en sus intereses, muerto en sus ilusiones, ¿para qué era la vida? ¿Para qué luchar con la adversa fortuna? En sus tétricas meditaciones no encontraba una manera mejor de arreglar sus negocios que dejarse matar por Montemar, haciendo antes cesión de lo que fuese realmente de su pertenencia a favor de los que le habían ganado en casa del señor Dávila, pues ya hemos indicado al principio que era comisionista de varias casas extranjeras, que le remitían instrumentos científicos y de artes para su realización.

—Muriendo sin defenderme a manos de un rival a quien podría vencer, pero que debe vivir porque es más dichoso que yo, se decía a sí mismo con amargura, conocerá *ella* que hasta el último momento de mi vida respeto lo que ama, ya que no puedo dedicar toda mi existencia en servirla, pues rodeada de admiradores y de felicidades nada le importa un corazón más o menos destinado a su adoración.

Este monólogo pasaba en la salita del curato que ya hemos descrito, a la sazón que los rayos de la luna penetraban por la ventana, deslizándose entre las hojas de los olivos del cementerio. Fernando había querido pasar allí el crepúsculo de la tarde y no había advertido que había llegado ya la noche.

—Yo no la culpo, continuó, poniéndose en pie y comenzando a pasearse, yo no la culpo de que me desprecie; ¿es responsable acaso de que sea yo pobre, y de que el color de mi cara revele mi origen? Nació con sentimientos aristocráticos, vive en la abundancia, y desea que cuanto le pertenezca sea grandioso, elegante, distinguido, y en esta altura no tengo yo lugar; pero sí la culpo cuanto es posible reconvenir a la que se idolatra, porque desde el primer día que la vi no se ha mostrado

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

altiva, desdeñosa, aborrecible en fin; la culpo de que ha tenido para el pobre artesano suavidad, dulzura, seducción; la culpo de que algunas veces, ¡oh Dios mío!, ha parecido preferirme.

Fernando continuaba paseándose aceleradamente por la sala a la vez que recorría en su memoria la historia de su vida desde que había conocido a Rosa, recordando los más pequeños incidentes, principalmente si con ellos evocaba la animada figura de la que tan profundamente amaba.

Llegando al término fatal de aquellos dorados recuerdos, se echó bruscamente sobre una silla, anonadado, con aquel acaloramiento de espíritu que no permite ver ni considerar otra cosa que la propia desgracia.

El vicario había estado ausente en la tarde, porque había ido a Xochimilco con objeto de suplicar al cura principal que le diese un plazo para pagarle tres mesadas de cincuenta pesos en que se había atrasado, con cuya cantidad contribuía a los gastos de aquél en su calidad de vicario fijo. Sin haber obtenido la espera sino por muy poco tiempo, volvía a la sazón en que Fernando repasaba por la centésima vez la historia de sus fugaces dichas. Entró el vicario a la sala y distinguiendo vagamente un bulto, dijo como dudando:

—Fernando, ¿estás aquí?

Había continuado entre los dos la grata intimidad que había comenzado en el delirio de Fernando, y por esto se hablaban de tú, tratándose en todo con la más sincera y respetuosa amistad.

—Sí, Luis, entra.

—Pediré una vela.

Ésta fue traída a pocos momentos.

—¿Qué te dijo el cura de Xochimilco?, preguntó Fernando, a quien era satisfactorio tratar sobre cualquiera cosa en aquel momento, que le alejase las imágenes que le atormentaban.

—Que está muy pobre y que necesita los ciento cincuenta pesos dentro de pocos días. Me dio ocho de plazo para que *se los junte*. ¡Tú dirás! ¿De dónde los he de sacar? Me amonestó para que en lo sucesivo me enmiende, porque es un escándalo el que estoy dando en la vicaría, pues todos los que van a casarse o a enterrar a sus deudos en las parroquias vecinas pretenden se les baje algo de lo acostumbrado, alegando que yo recibo lo que buenamente me dan. Con que ya ves, Fernando, estoy escandalizando a los feligreses.

—¿Y qué piensas hacer?

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Pagar, si Dios me da con qué; y si no, esperar a que me separen de la vicaría.

—Si eso es todo, no te separarán; el primer día que vaya a México te enviaré el dinero.

—Pero yo no puedo aceptarlo, Fernando.

—¿Por qué? ¿No lo necesitas?

—Sí, y de nadie lo recibiría, con más gusto que de ti; pero…

—¿Qué cosa lo impide?

—Ignoro cuál sea tu fortuna, y si puedes cómodamente hacer ese gasto.

—Parece que lo dudas, dijo Fernando, ocultando apenas su turbación.

—Seré franco, contestó el padre; en tu delirio has dicho algo sobre esto.

—¡Cómo! ¿Qué he dicho?, replicó vivamente Fernando.

—Poco a poco; ¿qué no puedes tratar los negocios con calma? Entonces me callaré.

—No, Luis; dijo Fernando abrazándole, y sin poder contener su emoción.

—Si has de exaltarte, no te digo nada; prométeme que has de tener calma, fuera de que lo que has platicado, no vale la pena de que te alborotes.

—Mírame, ya estoy calmado; dijo Fernando, e inmediatamente añadió, acercando su silla a la del vicario, que también se había sentado: ¿con que sí? ¿Qué dije?

—Tres cosas muy chuscas; que te perseguían muchos reyes de oros, que habías de matar a un tal Monte… no se qué, y que te picaba una rosa. Pero ya te estas poniendo hosco, te lo dije; no pareces sino muchacho malcriado. Si no te sentías bastante fuerte para oír esas boberías, ¿para qué instaste por saberlas? Pero yo soy quien tiene la culpa.

Dijo esto el padre poniéndose en pie, y fingiendo un enojo que no sentía, con objeto de impedir que Fernando tomara las cosas por el lado serio.

No es necesario que recordemos al lector que los que sufren moralmente después de una peligrosa enfermedad, son al tiempo de la convalescencia, y acaso mucho tiempo después, verdaderamente unos niños; así es que no extrañará el giro que procuraba dar el padre don Luis a los pesares de su amigo. Pero éste, que estaba repleto de amargura, necesitaba verterla confiando sus dolores a otro corazón; y esto es lo que precisamente procuraba el vicario, esforzándose únicamente

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

en impedir el mal que de tal manifestación debía resultar, si no era posible quitarle sus colores sombríos, y se dejaba a la imaginación su terrible prestigio para aumentarlo.

—¿Te vas?, dijo Fernando, con voz apenas inteligible, significándole al vicario, no te vayas, al ver que ponía en su lugar la silla que había tomado.

—¿Estarás razonable?, contestó con afabilidad el sacerdote sin soltar la silla. Y luego volviéndola a traer junto a Fernando, le dijo resueltamente, fijándole una mirada penetrante, dando a su voz una expresión cariñosa:

—Vamos, tú estas enamorado; dímelo, ¿qué puedo hacer por ti?

—Fernando dio un largo suspiro y contestó: ¡desgraciadamente nada!

—No hay que desesperarse; cuéntamelo todo, y yo acaso te serviré de algo.

Fernando refirió a su amigo con toda prolijidad sus desgraciados amores, concluyendo su relato con una violencia alarmante.

—Ya lo ves, Luis, le decía, yo no debo alimentar esperanzas; ella no puede amarme, se avergüenza de mí, y sólo me falta darle pruebas de que tengo el suficiente valor para morir, puesto que me niega la divina luz de sus encantadoras miradas. No la importunaré, no la seguiré locamente al paseo, al teatro, a la lonja,[41] porque no quiero que me odie, pues antes de que tal sucediera le pediría a Dios mi condenación.

El sacerdote no pudo reprimir un movimiento de terror que le causaron las últimas palabras de Fernando, se encogió como si sobre su cabeza hubiera pasado un trueno.

Fernando, que vio el efecto que había causado, le dijo cambiando inmediatamente de tono:

—Soy un insensato, turbando la tranquilidad de tu alma con mis devaneos; tras de mí se ha entrado en tu casa una ola de ese embravecido mar que se llama el mundo, donde todos naufragan. Pero tú me perdonas, me compadeces; ¿no es verdad?

El sacerdote, que conoció la necesidad que había de levantar el espíritu de su amigo, le dijo muy tranquilamente, repuesto ya de su pasajera emoción:

—Fernando, no veo yo motivo para esa desesperación.

—¿No?, replicó éste, y en su semblante se pintaron sucesiva y rápidamente mil emociones; su pensamiento vagó primero buscando es-

[41] Edificio público donde se juntan mercaderes y comerciantes para sus tratos y comercios (DRAE).

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

peranza a su amor, y como nuevamente desengañado, parecía decir entre sí: "este virtuoso padre nada comprende de estas cosas".

—Ciertamente que no, insistió el vicario cuando vio que el joven estaba dispuesto a escucharle. ¿Esa niña, esa señorita ha rehusado alguna vez cantar contigo, ha puesto algún pretexto?

—No, pero es porque le gusta la música y me ha tomado como instrumento de armonía; no tenía con quién cantar sus dúos de tiple y tenor sino conmigo.

—¿Alguna vez que has estado de visita en su casa ha dejado de salir a hablarte?

—No, pero ya te he dicho que es ligera y…

—También me has dicho que es altiva.

—Sí, pero varía de galán, por pasatiempo, cada semana.

—Eso prueba que no tiene ninguno. ¿Recibió tu agasajo el día de su santo?

—Sí, y me dio las gracias de una manera que nunca olvidaré; elogió mi destreza, y no llevó a mal el que la hubiera retratado sin su consentimiento, ni el de su padre.

—¿No fue ella quién se colocó intencionalmente en la mesa entre tú y Montemar?

—Ciertamente.

—¿No humilló a éste delante de ti en aquello de los versos que se hacen para cualquiera persona?

—Exacto.

—¿No salió contigo del brazo a pasear por la huerta después de la comida?

—Sí, pero era porque deseaba intimarme que abandonase su casa para siempre, como me lo decía en el papel que antes había hecho llegar a mis manos.

—¿Pero no adviertes que al emplear contigo aquellas muestras de atención te probaba de un modo inequívoco que obedecía a otra voluntad superior? Acaso su padre, por motivos que no comprendo, pero que si fueses más diestro o estuvieses menos enamorado podrías fácilmente rastrear, la precisó a dar aquel paso, y ella al obedecer te dio inequívocas demostraciones de que en cuanto de ella misma dependía deseaba que no te ofendieses. Si no fuera esto verdad, con no convidarte otra vez, y con negarse a salir cuando tú fueses a su casa, era negocio concluido, y esto sin tomar en cuenta otros medios verdaderamente humillantes que pudieron emplearse. Pero tú sin atender a

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

nada, como un frenético, la pusiste en un compromiso terrible, en un disparadero.

—¿Cómo?, interrumpió Fernando, a quien tenían, como luego dicen, *de un hilo*, las justas observaciones del padre.

—En circunstancias tan desfavorables para ustedes dos, tú le saliste con la declaración de un amor que ella conocía mejor que tú, y para que nada faltase hiciste la pantomima de hincarte, cosa que vista por muchos envidiosos testigos debió producir uno de estos dos resultados.

Fernando aproximó en este momento su silla a la del padre, pesándole que éste se detuviera cuando le venía la necesidad de toser.

—¿Uno de dos resultados, dices? ¿Cuáles son?

No, tres: o continuaba en el jardín dándote el brazo después de haberte visto ella a sus pies en presencia de muchos; es decir, que desde ese momento todo lo sacrificaba por ti, porque la demostración de tu parte había sido muy significativa y hasta ridícula.

En esta vez le tocó a Fernando toser y morderse los labios.

—O dejaba tu brazo y tomaba el de otro.

—Eso hizo; tomó el de Montemar.

—Pero lo dejó luego, y supuesto que éste fue a pelearse contigo, no le ha de haber ido tan bien; la felicidad no nos hace malos. Finalmente, no pudiendo aceptarte, así tan de improviso y en contra de la voluntad de su padre probablemente, hizo lo que debía hacer, retirarse.

—¿Con que es decir que no he perdido su estimación? ¿Qué tal vez me ama? ¡Oh, que felicidad!

—Tal vez te ama, dijo sonriendo el sacerdote, satisfecho del buen efecto que sus esfuerzos habían producido; pero no te abandones a una loca alegría. Recuerda que tienes grandes dificultades que vencer, y que para borrar la mala impresión que has dejado, necesitas valer por ti mismo, elevarte, forzar a su padre a que te respete, y llegada la vez a no negarte a su hija.

Fernando se entristeció profundamente.

—¡Qué intratables son los enamorados!, dijo el vicario de modo que lo oyese Fernando; siempre en los extremos, o gritando de alegría como unos locos, o mustios y abatidos como yerba seca.

—Luis, ¡si sufrieras como yo sufro!, dijo melancólicamente Fernando.

—¿Pero qué otra cosa hay? Amado tal vez de una hermosa joven, con una magnífica profesión, en lo florido de la edad, ¿qué otra cosa quieres?

—¡Ah Luis, me causa rubor el decírtelo!

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—¿Pero qué tienes? dímelo; para todo hay remedio, y procuraremos hallarlo.

—He sido arruinado en el juego, he perdido dieciséis mil pesos en una sola noche y los debo.

El vicario sintió que se le oprimía el corazón; pero deseando no dar a conocer su emoción, que desalentaría a su amigo, dijo en tono de broma, para tomarse algunos instantes:

—¿Conque esos son los reyes de oros de que tanto hablabas en tu enfermedad? Ah, ¡ya caigo!

—Sí; un hombre perverso a quien castigaré muy pronto, es el que me ha arruinado: conoció mi aversión a los reyes, y con arte infernal hacía venir cada vez que quería el de oros para que yo perdiese.

En aquel momento avisó Martín que ya estaba la cena.

—¡Gracias a Dios! que tengo una hambre canina; dijo el vicario, recibiendo aquel aviso como un auxilio momentáneo; vamos a cenar, y no te apures por esa friolera; tengo un secreto de que mañana te hablaré y que mucho te consolará. Ahora a cenar.

El vicario no tenía qué decir; aquel secreto era una piadosa invención destinada a dar treguas a Fernando, cuya salud podría quebrantarse de nuevo si se le abandonaba a todo el horror de su situación.

—¿Pero no me dijiste, preguntó con tenacidad el joven, que si no tienes ciento cincuenta pesos te echarán de la vicaría?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, respondió el vicario con una estrepitosa carcajada hecha muy al natural: Yo tengo lo que quiero, señor Henkel, soy rico o pobre, según me conviene.

Fueron dichas estas palabras con tal aplomo, que Fernando comenzó a acariciar la esperanza de que pagaría a sus acreedores, y con esta idea consoladora dijo a su amigo:

—Mira, yo tendré siete u ocho mil pesos; sólo me apura el resto. Trabajaré como dices en hacerme valer, me elevaré hasta Rosita; pero si no pago dentro de pocos días, soy hombre perdido.

A cenar, señor Henkel, interrumpió el vicario; para mí lo mismo son ocho que dieciséis: usted pagará esa suma y no hablemos más.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

11. UN CRISTIANO MUY VIEJO

Al día siguiente se levantó el vicario más temprano que lo de costumbre, visitó sus pueblos, vio a sus enfermos, y explicó lo que debía hacérseles conforme a los métodos prescritos por el doctor, volviéndose sin tardanza al curato para adornar su iglesia, pues debía celebrarse en ella al otro día la natividad de la Virgen.

El adorno fue sencillo, conforme a la pobreza de aquel templo, y concluyó de arreglarse muy pronto con el auxilio del sacristán, de Martín y los semaneros; pero temiendo el vicario que Fernando le preguntase sobre el modo de pagar su deuda, y por no verse en la necesidad de desengañarle, mandó decirle que comía en la sacristía, y que no se verían sino en la noche. Después de haber comido se quedó sentado en una butaca de cuero, en la que por la hora o por el cansancio se quedó profundamente dormido.

Preocupado con el compromiso de Fernando, fue lo primero que le ofreció la imaginación, y en el sueño veía que un hombre cubierto con un traje talar,[42] azul, se llegaba a la sacristía donde él estaba, y le ponía en la mesa muchas talegas de dinero. Quiso ver la cara de aquel, que parecía religioso, y creyó reconocerle como si ya le hubiese visto en otra parte; creyó también observar que las facciones de aquel hombre iluminadas con el rayo de luz que entraba por la ventana de la sacristía, inmediatamente habían presentado un aspecto deslumbrador, como si ellas mismas despidieran la luz. Lleno de admiración el vicario oyó claramente que aquel hombre le decía:

—El divino Maestro ha enseñado que no basta para ser perfecto guardar los mandamientos, sino que es menester tomar su cruz y seguirle, dando antes a los pobres cuanto se tiene. Tal ha sido el texto que con divina unción ha explicado usted mañana hará un año, en la parroquia de Tlalpam; y yo deseando ser perfecto he vendido cuanto

[42] Que llega a los talones.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

tengo, y vengo a entregar el precio en manos de tan virtuoso sacerdote, para que lo emplee libremente en aquello que hallare más conveniente al servicio de Dios. Vengo como los primeros cristianos a entregar en manos de usted los que eran mis bienes, y no guardo como Ananías y Sáfira[43] parte alguna del precio.

En aquel instante el sacristán se acercó al vicario para darle un recado creyéndole despierto, y al ruido que hizo se despertó éste sobresaltado:

—¿Qué hay, sacristán?, dijo restregándose los ojos, y sin poder olvidar lo que había creído ver en el sueño.

—Busca a usted don Evaristo el de Tlalpam.

—¿Quién, hombre?

—Ese señor que se ha hecho religioso de San Francisco; dice que desea reconciliar con usted.

Lleno de admiración el vicario, y creyendo que todavía soñaba, le dijo al sacristán sin tener conciencia segura de lo que hacía:

—Que entre.

Se presentó en efecto un hombre alto, seco, como de cuarenta años, que dobló la cabeza para saludar al vicario. Éste, sin saber si estaba despierto, o si continuaba soñando:

—Señor don Evaristo, le dijo al recién venido, ¿usted por acá? Buena falta me ha hecho, porque los que traspasaron su tienda no me han dado ni una frazada para mis inditos. ¿Recuerda usted que hace más de un año me mandó cincuenta? Y eso que la fiebre no se extendió mucho entonces entre ellos… Tome usted asiento.

—Gracias, señor cura, dijo el recién venido sentándose, pero sin levantar la cabeza que tenía inclinada y cubierta con la capucha del hábito.

—Se nos ha trasformado usted, señor don Evaristo: ¡todo un opulento comerciante envuelto en un sayal! ¡Bueno! ¡Muy bueno! ¿Y la familia?

—Soy solo.

—¡Ah!, exclamó el vicario con semblante embobado, y sin saber lo que decía.

—Usted no cree lo que ve, dijo con voz reposada el franciscano.

—Se digna a veces Dios enviar a algunos de sus hijos resoluciones tan heroicas, tan santas… contestó el vicario, quien conoció que dor-

[43] Ananías y Sáfira eran un matrimonio cristiano que vendió sus bienes, entregando el precio a los apóstoles, aunque engañándolos en la cuantía, por lo que fueron castigados por Dios con la muerte repentina *(Enciclopedia de la Biblia)*.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

mido o despierto tenía que desempeñar su deber; que aunque algo me maravillaba antes... ahora me parece hasta cierto punto natural y sencillo, como todo aquello en que Dios quiere hacer manifiesta en intervención. De todas maneras, señor don Evaristo, o más bien hermano Evaristo, le quedo a usted muy agradecido de que se haya acordado que por estas pobres tierras tiene un amigo.

—Como voy a hacer un largo viaje, no quise echarla sin despedida.

—¿Pues a dónde va usted?

—Mañana salgo para Zacatecas, Dios mediante: ya tengo mi patente y mi báculo, y enseñó en efecto un bordón.

—¿Y por qué se va usted tan lejos?, dijo sencillamente el vicario.

—Deseo salir a misiones entre las tribus de la Tarahumara; si he tomado mi cruz conforme al precepto del Salvador, ha de ser en utilidad de mis prójimos, porque los preceptos son dos; ¿no es verdad señor cura?

—Así es la verdad: "debemos amar a Dios y al prójimo"; y San Lucas nos dice que "más fácilmente pasarán los cielos y la tierra, que el que caiga un solo ápice de la ley".[44] Debe pues cumplirse toda entera, cualquiera que sea la condición en que uno viva.

—Por esto me voy a visitar a las tribus semisalvajes de Durango, creyendo obedecer a Dios, que quiere se difundan pacíficamente las verdades de la revelación, y para servir en algo prácticamente a mis semejantes. Al separarme de estos lugares acaso para siempre, deseo que me haga usted un favor, señor cura.

—Con mucho gusto hermano, mándeme usted.

—Concluya usted la obra que ha comenzado...

—¿Cuál?, repuso admirado el vicario.

—Mañana hará un año que usted, con una irresistible unción enseñó en la parroquia de Tlalpam esta santa doctrina del Salvador: "No basta para ser perfecto guardar los mandamientos, sino que es menester tomar su cruz y seguir a Jesuscristo, dando antes a los pobres cuanto se tiene".[45] Estas benditas palabras fueron en derechura a mi corazón y lo conmovieron; desde entonces me hice el propósito de dejar las riquezas que había acumulado, porque si bien el mundo me ha creído

[44] San Lucas, capítulo XVI, verso 17. "*Facilius est celum et terram praeterire, quam de lege unum picem cadere*". [Nota del autor].

[45] San Mateo, capítulo XIX, verso 21. "*Si vis perfectus esse, vade, vende que habes, et da pauperibus, et habetis thes urum in coelo: et veni, sequere me*". [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

lleno de honradez, la conciencia no ha dejado de decirme que al vender en cinco lo que me costaba cuatro, y al comprar en dos lo que valía tres, algo me quedaba fuera de lo que pertenecía a mi capital e industria que no era mío, y que estaría mejor empleado en los pobres a quienes seguramente he reagravado con mi contingente de explotación, su triste suerte. Bien he comprendido desde ese día, con cuanta justicia se ha elevado la voz de usted en el templo exclamando: "¡Ay de vosotros ricos, porque habéis disfrutado solos vuestra felicidad! ¡Ay de vosotros que estáis repletos al lado del pobre que desfallece, porque tendréis hambre. Ahora reís, tiempo vendrá de gemir y llorar!".[46]

—Yo, señor cura, continuó el religioso, no quiero gemir y llorar en la eternidad, y vengo como los primeros, como los verdaderos cristianos,[47] a entregar en manos de usted los que eran mis bienes, y no guardo como Ananías y Sáfira parte alguna del precio, del cual he deducido únicamente una pequeña cantidad que di a mi convento el día de mis votos. Para llegar a Zacatecas me basta el báculo y la caridad de los pueblos por donde pase.

Al decir esto puso sobre la mesa de la sacristía unos papeles enrollados.

—¿Pero eso qué es, hermano Evaristo?

—Es la escritura que tengo hecha donando a usted todos mis bienes. El precio de ellos, pues todos se han vendido, le será entregado a usted en México, luego que presente las libranzas que hay dentro de la escritura.

—Yo no se qué hacer con eso; usted podría darlo a persona más entendida para que lo haga fructificar.

—No, señor cura; yo no quiero correr el riesgo de que pase primero un camello por el ojo de una aguja que yo alcance mi salvación. Es necesario todo el poder de Dios para que se verifique este milagro, y yo deseo ir a su gloria sin tan difíciles condiciones.[48]

[46] San Lucas, capítulo 6, versos 24 y 25. "*Vaoe vobis divitibus quia habetis consolationem vestram! ¡Vae vobis qui saturati estis, quia esierietis! Vae vobis, qui ridetis nunc, quia lugebitis y flebitis!*" [Nota del autor.]

[47] "Actus apostolorum", capítulo 4, versos 34 y 35. "*Neque enim quisquam egens erat inter illos. Quotquot enim possesores agrorum, ant domorum erant vendentes afferebani pretia eorum quoe vendebant, et ponebant ante pedes Apostolorum. Dividebatur autem singulis prout cuique opus erat*" [Porque entre ellos ninguno era pobre ni rico. Los que tenían casas o campos, los vendían y traían el precio a los pies de los apóstoles; de esto se repartía a cada uno según necesitaba]. [Nota del autor.]

[48] San Mateo, capítulo XIX. versos 24 y 25. "*Et iterum dico vobis, facilius est camelum per foramen ucus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum. Auditis qutem his discipuli*

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

—Y bien, ¿qué quiere usted qué yo haga?

—Que reciba usted ese dinero, y que lo emplee en lo que mejor le parezca, pues yo estoy seguro de que será todo en bien de los pobres, porque conozco a usted demasiado.

—Pero eso no es posible, señor; yo nunca he tenido dinero, e ignoro el empleo que pueda dársele.

—Porque es usted pobre voluntariamente, lo he preferido sobre todo el mundo. Un rico empezaría luego a echar sus cálculos avarientos con objeto de sacar más ganancia; para ellos un montoncito de oro debe atraer otro montoncito, dos montones deben hacerse cuatro, estos ocho, dieciséis, y así sucesivamente; y como todos lucran o procuran lucrar, resulta que alguien es el objeto de estas indefinidas especulaciones, y para que éstos ganen, no siendo por la agricultura o por la industria, ese alguien debe siempre perder. Pues bien, ese alguien es la reunión de los pobres, y yo no desearía que el que fue mi dinero y ahora es de usted siga ganando del pobre, al contrario, suplicaría que se dedicara a disminuir sus miserias.

—¿Cuál es netamente la idea de usted?, dijo el vicario.

—Bien conozco, contestó el franciscano, que una cantidad tan pequeña relativamente no puede servir para cambiar la suerte de muchos en poco tiempo; pero algo puede hacerse con doscientos mil pesos.

—¡Doscientos mil pesos!, interrumpió admirado el vicario.

—Sí, doscientos mil pesos que le entregarán a usted en casa del señor Cavalier, inmediatamente que usted los pida. ¿Qué no podrían emplearse señor cura, en reunir algunas familias necesitadas, para que practicasen sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviendo como los primeros cristianos, entre quienes eran todos los bienes comunes?[49] Debe usted quedar tranquilo respecto de la procedencia de ese dinero. Yo heredé un regular patrimonio y al casarme lo aumenté, no porque trajese mi esposa, que es difunta, dote, sino porque sus economías, sus incesantes cuidados, y el arreglo

mirabantur valde, dicentes: Quis ergo polerit salvus esse? Aspiciens autem Jesus dixit illis: Apud homines hoc impossibile est: apud Deum autem omnia possibilia sunt" ["Vuelvo a deciros: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos. Oyendo esto los apóstoles se admiraban mucho y decían: ¿Quién pues podrá ser salvo? Viendo esto Jesús les respondió: para los hombres esto es imposible, para Dios todo es posible"]. [Nota del autor.]

[49] "*Actus Apostolorum*", capítulo 2, verso 44. "*Omnes etiam qui credebant, pariter, et habebant omnia comunia*" ["Se reunían los creyentes, se trataban con igualdad, y tenían en común todos sus bienes"]. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

de conducta en que me hizo entrar, me facilitaron grandes ahorros. Sólo tuve un hijo que murió pequeño. Mi dinero ha fructificado sin esfuerzo: en una mediana población como en la que yo he vivido, puede casi siempre un comerciante, que tiene buenos fondos y disfruta crédito, monopolizar como yo lo he hecho, algunos ramos importantes, y entonces todos los otros comerciantes reciben la ley o se arruinan, de manera que todos trabajen por uno, y al subir por ejemplo, cuartilla en cada libra, o en cada vara, la mitad es la contribución que dedican al más fuerte de quien reciben los efectos. Esto lo sostiene la ley y lo alaba la sociedad; es según dicen, el benéfico efecto de la concurrencia, es decir, de la lucha del antagonismo entre hermanos, cuyas consecuencias van a refluir en otra parte, hasta donde la ley no va, donde la sociedad nada ve. Yo, señor cura, me he dicho a mí mismo: antes deseaba como desean casi todos los ricos, abarcarlo todo, poseerlo todo; pues bien, en lo sucesivo no tendré nada mío, y devolviendo a los pobres cuanto he atesorado, podrán remediarse algunas familias que ansiosas de vivir con su trabajo personal, se hallan ahora en la indigencia por falta de recursos anticipados para subvenir a las necesidades que los agobian, antes de poder recoger el fruto de su industria, que de ordinario requiere tiempo para realizarse, en el cual tienen que sacrificarse a favor de otros que las explotan. Siento en el alma que la cantidad de que ahora puede usted disponer sea relativamente corta; pero si fuera posible plantear con ella algún establecimiento durable, que por sus benéficos efectos moviese el corazón de algunos ricos, que al morir dejan inmensos capitales sin saber cómo devolverlos al pueblo de donde los han extraído, y que sirven sólo para promover ruidosos pleitos entro sus parientes, o para alimentar la soberbia y el fausto de algunos holgazanes, se habría hecho, intentado al menos, la mejor de cuantas reformas se agitan hasta ahora.

El vicario a quien había realmente aterrorizado tener que manejar suma tan considerable mientras no vio un objeto caritativo, una beneficencia inmediata, contestó después de las explicaciones del ex-comerciante con un verdadero alborozo:

—Probaremos; pero si la empresa no se logra por mi impericia, por la novedad del objeto que acaso encontrará resistencias inesperadas…

—Por mi parte está usted libre de toda responsabilidad, no sólo en el caso de que se emplee el dinero con mal éxito en esa asociación, que ligeramente he indicado, y que estoy cierto usted sabrá plantear mejor que nadie, sino aun cuando por creerlo usted más conveniente lo de-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

dique a otra cosa, pues para todo tiene libertad; ese dinero es suyo, y así lo reza esta escritura.

El franciscano puso los papeles en manos del vicario, y añadió:

—Ahora sólo resta que me dé usted su bendición; deseo reconciliar para recibir mañana el sagrado viático de manos de usted, y partir inmediatamente para el colegio de franciscanos de Zacatecas.

Ambos pasaron a la iglesia, y en la imponente soledad del santuario, acompañados solamente de los gorriones y los mirlos que hacen sus nidos en las cúpulas, y vienen a enseñar a cantar a su prole en las cansadas horas de la siesta, un justo recibía la bendición de otro justo: ambos eran de aquéllos por los que Dios habría perdonado a Sodoma y Gomorra, si hubiera podido hallarlos Abraham.

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

12. SOCIALISMO

Era ya de noche cuando el vicario pensó ver a Fernando, pues había pasado la tarde en profundas meditaciones que rápidamente procuraremos referir. Desde luego se hizo a sí mismo esta pregunta: ¿daré a Fernando lo necesario para que pague su deuda?

Verdad es que el donante le había dicho que podía gastar el dinero en lo que hallase más conveniente; pero también le había suplicado lo emplease en "reunir algunas familias necesitadas para que practicando sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviesen como los primeros cristianos entre quienes eran los bienes comunes".

—Como yo no había esperado ser rico jamás desde que abracé el estado eclesiástico, se dijo para sí el sacerdote, me parece muy embarazoso, muy difícil realmente, disponer con inteligencia y con acierto del dinero del franciscano; pero no hay que volver atrás, ya sé sus caritativas intenciones y si Dios me concede su protección, por sí solos irán venciéndose los obstáculos que contra cualquiera empresa se presentan siempre.

Veamos lo que la divina sabiduría ha inspirado a los primitivos cristianos, añadió, porque me parece seguro que mientras la actual civilización no se depure, volviendo a las doctrinas que han regenerado al mundo, y que ahora parecen olvidadas, no podrá levantarse de la abyección en que la ha hundido el egoísmo, ni libertarse de la impotencia para el bien en pos del cual se fatiga vanamente.

Todos los días hacen progresos admirables las ciencias y las artes, se mide el cielo, se encadena el rayo, se habla a centenares de leguas de distancia en algunos instantes, y la situación de las últimas clases de la sociedad es la misma que la de hace mil años. Verdad es que no tenemos en toda la América como en la vieja Europa artesanos honrados cuyo incesante trabajo no baste a mantener a su familia, y que no puedan comer carne sino uno que otro día en la semana; aquí todo lo da

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

abundantemente la naturaleza y sin grandes esfuerzos; pero bajo este cielo espléndido, ante esta primavera permanente, se arrastran millones de seres degradados, máquinas humanas con que se obtienen mezquinos productos, de manera que a poco que se desnivela el comercio, el rico pierde, siendo por este temor, por la falta de movimiento social y por otros motivos derivados de nuestro atraso moral, miserable la retribución del que trabaja en el campo, con disgusto y en lucha constante más o menos pronunciada contra el amo, y a la vez las ganancias de éste muy módicas, nulas, desde el momento que quiere mejorar la condición de sus trabajadores. Esto causa vicios muy profundos, muy generalizados, ante los cuales son impotentes las buenas intenciones de algunos pocos ricos, que quisieran poner en armonía su interés natural y debido con la caridad cristiana de que deben dar muestra, si es que quieren salvarse.

Pobres siempre hemos de tener entre nosotros, según nos dice el Salvador;[50] pero nada impide que se procure instruir, moralizar, mejorar el alma y el cuerpo de los que tenemos, disminuyendo en lo posible su crecido número, sin herir los derechos de nadie, sin anunciar ninguna doctrina que alarme, sin otro resorte que la aplicación genuina del Evangelio, tal como lo comprendieron los primeros cristianos, que en vida común con los apóstoles, y puede decirse con el Espíritu Santo, enseñaron a su posteridad con las obras, la verdadera, la exacta, la única significación de las palabras que oyeron de la misma boca del hijo de Dios.

El vicario hojeó rápidamente el libro que tenía en las manos hasta encontrar los "Hechos de los Apóstoles", leyó en seguida con mucho cuidado el capítulo segundo, en que se refiere que el Espíritu Santo bajó sobre ellos y les dio el don de lenguas; y redoblando todavía más su atención en el versículo 44 que hemos copiado en la nota, repetía traduciendo: "Omnes etiam qui credebant [También todos los que creían], erant pariter, [estaban juntos, se trataban de la misma manera, con entera igualdad], et habebant omnia comunia [y tenían sus bienes todos en común]".

Al concluir esta traducción[51] cerró el libro y comenzó a pasearse con aire pensativo. ¡Cuánta profundidad encierra esta doctrina!, exclamó, ¡y no me había llamado la atención hasta ahora que el franciscano ha venido a ponerme en el camino de practicarla, más fácilmente! Verdad

[50] San Juan, capítulo 12, verso 9. "*Pauperes enim semper habetis vobiscum*…" [Nota del autor.]
[51] Es la misma que trae el padre Scio. [Nota del autor.]

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

es también que no son necesarias grandes riquezas, para que dos, diez, veinte familias hagan por ejemplo una cocina común, y vivan como hermanos, ahorrando desde luego diecinueve cocineras, diecinueve mandaderos, y otras muchas cosas según la manera con que se junten y quieran practicar las palabras del texto "*erant pariter*"; cuanto más pobres sean, el lazo que las una será más durable, y como en tal caso pueden, sin inconveniente ninguno, conciliarse los intereses particulares de todos, cuidando siempre de que haya una perfecta igualdad en aquello que han convenido se aproveche en común, cada familia sentirá el abrigo, la protección, el amor de las diecinueve restantes, y a la vez obtendrá con mayor seguridad, y acaso con menos afanes, sus adelantos particulares. En un hotel, por ejemplo, cada huésped tiene su cuarto, su cama, su luz, su comida, por un precio idéntico al del cuarto vecino, con quien para nada tiene que disputar, ni reñir, ni rivalizar; puede haber cien pasajeros sin que se perciba el ruido de diez; si alguno es díscolo, el administrador le hace salir de la casa en nombre del interés de todos, con la cooperación de todos si es necesaria, y los noventa y nueve quedan en paz. Viajan unos pasajeros en la diligencia; se coloca a las señoras en los mejores lugares, los hombres se saludan con urbanidad, comienza a caminar el carruaje, los más comunicativos abren la conversación y toma en ella parte el que quiere; si ocurre algún contratiempo, alguna desgracia, se auxilian, y el resultado es que al llegar al término del viaje, se han contratado algunas amistades que suelen ser muy durables. He aquí dos ejemplos de vida común, temporalmente, que a nadie alarma, que todo el mundo acepta siempre que tiene necesidad, y que por muchísimas personas se encuentra preferible, y siempre menos costosa, que el aislamiento de una casa privada, y al viaje en un carruaje particular. ¿Por qué, pues, se limitará a tan pequeños costos, esta vida común, este progreso social?

—Viven también en común los frailes y los soldados. Los primeros se han perpetuado hace muchos siglos, a pesar de sus terribles rivalidades intestinas, y no obstante la ociosidad corporal que los enerva, que los predispone a los vicios, y que los consume, como todo resorte natural que está sin ejercicio, gracias al poder de la comunidad. Los soldados revelan por otros aspectos el efecto de la asociación. La diezmilésima parte de una nación subyuga a las demás, porque los miembros de ésta se encuentran separados, divididos, mientras que los soldados parecen en igualdad de circunstancias invencibles, porque están unidos, tienen vida común, intereses comunes. ¿Y cómo no han

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

bastado estos elocuentes ejemplos para cambiar el régimen actual de la sociedad? Por dos motivos: porque los pueblos nunca han sido realmente libres, y porque al hacer un esfuerzo en favor de su propia libertad, sólo muestran los vicios de que están plagados, y la profunda ignorancia en que están nutridos. ¿Saben siquiera lo que les conviene? Pues si ignoran a qué objeto deben dirigirse, ¿cómo se extraña que nunca lleguen a dar con él? ¡Mostrarles con hechos cuál es el modo más ventajoso con que pueden unirse las familias, y después reunir los grupos de familias, en municipalidades bien arregladas, he aquí lo que debieran practicar, y lo que con el auxilio de la Providencia intentaré yo hacer. Beneficio al niño que nace, beneficio al joven que se educa, beneficio al hombre que desea ser padre de familia, dándole una compañera honesta, instruida, *trabajadora*, que lejos de ser una pesada carga, lo sea un auxiliar efectivo, por su destreza en algún arte de positiva utilidad, por su instrucción, por su moralidad, por su piedad sólida, elevada, libre de miserables supersticiones; he aquí los inmediatos resultados que traerá para la familia el régimen de íntima asociación. Unir a las familias con lazos íntimos de amor, de justicia y *de mutuos intereses* para que formen municipalidades patrióticas, ricas, poderosas, he aquí el fundamento más seguro de la reforma política. Por último, *reunir*, es decir, abrazar con cuanta fuerza es posible a estas municipalidades en un centro común, que las dirija con energía, con alta inteligencia, y constante previsión en sus intereses generales, y que en todas las empresas grandiosas, en todo lo justo sea, el primero, el iniciador o cuando menos el sostenedor, que nunca se doblegue ante la fuerza, que sólo aplique ésta para castigar las grandes ofensas contra el derecho, reconociendo amplísimamente el de los pueblos; he aquí lo que para mi patria, tan abatida ahora, pueden llegar a producir *unidas la verdadera religión, la santa libertad*!

El sacerdote movido en aquellos momentos por un espíritu poderoso, cubierto con su traje negro talar, de pie, su frente elevada hacia el cielo, su mano en actitud de mando, sus ojos, ordinariamente tan apacibles, llenos entonces de entusiasmo, aparecía con la fe del patriota, con el arrobamiento del santo, leyendo en un cercano porvenir la dicha de México.

Volvió a sentarse en la butaca de cuero en que se había antes dormido, y hablando consigo mismo, dijo:

—¡Qué cosas tan singulares! si yo refiriese mi sueño de esta tarde, y el cristiano desprendimiento del hermano Evaristo, el mundo se ha-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

llaría perplejo al decidir cuál de las dos cosas son más difíciles, si la coincidencia de mi sueño con la realidad, o el encontrar un hombre de conciencia tan recta que practica lo que cree, a pesar de un crecido interés. ¡Y, sin embargo, así obraban los primeros cristianos! Mucho deben haber cambiado los actuales, cuando ahora se presenta como una excepción increíble, fabulosa, lo que entonces era la regla general, y tan estrictamente llevada que los que se atrevieron a quebrantarla, Ananías y Sáfira, que se guardaron una parte del precio de cosas suyas que habían vendido, cayeron primero el uno y luego la otra, y murieron repentinamente a los pies de San Pedro, que les increpaba por haber pretendido engañar al Espíritu Santo.

Los tiempos son muy diferentes, y ya nos daríamos por satisfechos, no de que los ricos repartiesen todos sus bienes entre los pobres, sino de que los socorrieran con largueza en sus necesidades, y que sus especulaciones y ganancias se fundasen en hacer dar más a la tierra y a la industria, sin defraudar al operario lo que legítimamente le pertenece. Verdad es que hay laudables excepciones, pues no faltan personas acomodadas de intachable conducta, de trato sencillo, dotadas de un excelente corazón que se mueve a mitigar la aflicción del pobre honrado, sin demora, sin buscar evasivas; ¿pero, qué valen unos cuantos hombres generosos si la casi totalidad de los ricos prefieren sobre todo deber, sobre toda creencia, las exigencias torpes del egoísmo y la vanidad?…

El vicario volvió a preguntarse:

—¿Daré a Fernando lo necesario para que satisfaga su deuda? No, contestó resueltamente: este dinero es de los pobres que sufren sin culpa propia, y Fernando tiene mucho de qué arrepentirse…

—Es mucha dureza, se dijo a él mismo, cuyo corazón siempre ávido de hacer el bien, se revelaba contra aquella decisión, dictada por la cabeza. Además, añadió, poniendo un sello de la mayor severidad, al dar este dinero iría a verterse en derechura a la caja de algún avariento, de un jugador en jefe; no, no pago: y volvió a pasearse violentamente por la sacristía.

—Pero, en fin, volvió a decirse el sacerdote, después de muchas vueltas, dando entrada a sus sentimientos, capitulando con su razón, o más bien, haciendo plena justicia a entrambos.

––Fernando es maquinista, ¿no es verdad?, se preguntaba como si alguno lo escuchase; la asociación necesitará establecer alguna empresa fabril para elaborar lanas, algodón, ¿y qué sé yo cuántas cosas más? Pues bien, si Fernando tiene la maquinaria que pueda emplearse, ven-

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

tajosamente se entiende, se le compra, y como además deberá hacer un viaje para colocarla donde sea conveniente, deberá pagársele decentemente. Un extranjero llevaría un sentido por cualquiera friolera, y para éste sólo sería poco el dinero. Con que negocio concluido, facilitaré a Fernando el importe de lo que necesite comprarle, le haré algún suplemento, como lo haría con cualquiera otro, garantizando su pago por supuesto, y si con todo ello puede cubrir su deuda, allá se las avenga.

Luego que el sacerdote entrevió que podía salvar a Fernando sin faltar a los deberes que a sí mismo quería imponerse al emplear el dinero que había recibido, su semblante cambió súbitamente; radiante de alegría y saltando como niño que sale de la escuela, buscó su sombrero y su breviario, exclamando:

—¡Voy a decirle que se ha salvado! Pero al tomar la puerta le asaltó una idea terrible. ¿Qué voy a hacer? ¿He visto acaso los documentos? ¡Si será todo esto una ilusión!

D. R. © 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html